

BOLSILIBROS
BRUGUERA

POLICIACA

SERIE

SERVICIO SECRETO

el hombre que compró terror

vic logan



La casucha estaba a las afueras de King Road, exactamente a 30 kilómetros de Londres.

Excepto los fines de semana y en época veraniega, los escasos *cottages* de estilo de épocas pretéritas se hallaban deshabitados.

King Road no había prosperado ciertamente, otras zonas fueron acogidas con mejor entusiasmo por la población de la década de los setenta.

El lugar se había detenido con el tiempo y conservaba el estilo de las últimas edificaciones construidas en el período de entreguerras.



Vic Logan

El hombre que compró terror

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1248

ePub r1.0

Lds 02.06.18

Título original: *El hombre que compró terror*

Vic Logan, 1974

Cubierta: Desilo

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



PRÓLOGO

John Marsh rondaba cerca de los treinta años. Tenía un inmejorable aspecto físico y buenos reflejos, pero no parecía estar muy al tanto de las cosas que le rodeaban.

Paseaba cerca del estanque en Regency Park como si pensara — o estuviera viviendo— algo muy diferente de lo que le había llevado allí realmente.

Y lo que le había llevado allí era la mujer que andaba con tacón alto y gabardina y ocultaba casi el rostro bajo el ala de un anticuado sombrero.

Era una mujer patizamba, desgarbada que andaba deprisa. John Marsh se iba distanciando de ella y proseguía con su actitud abstraída, ausente.

Por fin pareció «deshacerse» de sus pensamientos y volvió a la realidad.

La mujer se había detenido en la esquina del estanque, donde abrió su bolso y sacó un espejo a través del cual podía observar al joven John como se aproximaba.

El, debió darse cuenta de que la mujer le observaba porque fingió no mirarla hasta que llegó casi a su altura.

En ese momento, su actitud varió por completo, y ante la estupefacción de quienes contemplaban la escena agarró a la mujer de la gabardina por un brazo y tiró de ella.

—¡Oh! —exclamó alguien.

Pero el estupor de los curiosos se agrandó cuando la hembra de la gabardina reaccionó propinando un puñetazo a John que le hizo trastabillar.

La intención de la agresora fue darse a la fuga y dar por terminada la lucha, pero la reacción de John se lo impidió.

Se lanzó contra ella agarrándola por los hombros y cuando la otra se revolvió para repetir la suerte anterior se encontró con un

directo que mandó a la fémina contra el césped.

Más de uno estaba pensando en ir en busca de un guardia cuando sucedió algo más insólito todavía.

El certero golpe de John además de derribar a su antagonista hizo que a ésta se le cayera el sombrero.

John saltó sobre ella con intenciones muy distintas a las de un amante apasionado, pues agarró por los cabellos a la mujer y entonces se desprendió la peluca que llevaba puesta, mostrándola tal cual era.

Es decir. Era un hombre.

El «¡Ooooh!» fue general y enseguida vino el pánico, pues la mano hábil de la falsa hembra había extraído del bolsillo de la gabardina una pistola. Sólo la habilidad de John impidió que el arma pudiera ser usada.

Una llave hábil desarmó a la falsa mujer y un derechazo la mandó nuevamente sobre el césped.

—¡Basta Finch...! Esto se acabó —dijo John.

Al fin aparecieron los guardias. John que sostenía el arma que había arrebatado a su rival murmuró:

—Es Terec Finch, agente. Un criminal que andan buscando... Iba... Iba disfrazado de mujer.

—Buen trabajo... Pero ¿usted quién es?

—John Marsh... Trabajo para una agencia de detectives. —Y John lo dijo casi como excusándose. Como si el hecho de trabajar para tal agencia fuera motivo de oprobio para él.

* * *

Los periódicos de aquella tarde comentaron la noticia aunque no mencionaron a John para nada.

La verdad es que John no había querido dar su nombre y sólo figuró en el relato como «Un agente de la compañía de detectives...».

Ahora John Marsh estaba sentado ante su jefe con su expresión ausente y recibiendo una buena reprimenda.

—Ha hecho un buen trabajo. Sobre todo para la policía... Pero no le pago para que detenga delincuentes —le estaba diciendo el hombre de las gafas.

Era un tipo orondo pero de aspecto ágil.

—Interesaba saber muchas cosas de ese sujeto. Luego ya le habríamos denunciado... llegado el momento.

—Sabía que le seguía. Y las cosas se presentaron así. Luego vino la policía...

—Sí, sí... Ha hecho publicidad a mi agencia y esto es bueno, pero hemos quedado mal con un cliente.

—Finch era un criminal, señor... La lástima es que no me dieran ninguna recompensa...

—¿Qué está diciendo?

—Bueno... A veces hay tipos por los que la policía ofrece dinero. No he tenido esa suerte.

—¡Vaya! ¿Conque lo hizo pensando en cobrar una recompensa? —Era otro reproche del jefe.

—No. En aquel momento no, pero la verdad es que necesito dinero. Mi mujer...

—Mire, Marsh, no me salga con dramas de familia. Ya se lo dije en una ocasión.

—Necesito ganar más dinero, ¿comprende? Mi esposa está enferma. Y el médico me ha dicho...

—Marsh... Sería usted un buen detective si dejara de pensar en otras cosas. Y en estos momentos no me refiero a su mujer. Piensa en otras cosas...

—Tiene usted razón, señor y puesto que aunque me aumentara el sueldo no resolvería mis problemas... será mejor que me busque un sustituto.

—¿Abandona el empleo, Marsh?

—Sí, señor. Está decidido. Como usted dice tengo otras cosas más importantes en que pensar y una de ellas, la primera es mi mujer. Buenas noches.

Así fue como John Marsh dejó un empleo que no le iba...

Lo suyo lo tenía en su casa. El dibujo. Le gustaba el arte y tenía buen estilo, pero poca suerte.

Su esposa, pálido el rostro le observó con languidez.

—Te preocupas demasiado y yo soy la causa. —Se había acercado al pequeño y desordenado estudio de su marido. Era una mujer muy joven, casi una niña, hermosa, sólo le faltaba que el color volviera a su piel.

—Iremos a Londres, querida —comentó él resuelto.

La sentó en sus rodillas y la besó.

—¿Dejar Bristol, querido? ¿Qué vamos a hacer?

—Este clima no te prueba. Seguir pagando el alquiler de ese par de habitaciones húmedas es tirar el dinero.

—Dinero...

—Tengo algunos ahorros, bueno más bien pocos... Nos alcanzará para hospedarnos momentáneamente en un hotel. Me llevaré el trabajo y...

—¿Piensas visitar a tu tío? —atajó ella.

El guardó silencio.

—Te humillarás por mí... —añadió la muchacha.

—No hay nada entre tío Vincent y yo. Es un poco adusto. Nada más. ¡Anda Julie!

Siéntate en la mesa, yo prepararé la comida. Luego arreglaremos las cosas. Julie miró apenada a su marido. Luego murmuró:

—Vincent Margret, el gran editor... No vayas, John... Quizá todo se arregle.

—Tu salud no mejorará en Bristol. Ya hemos perdido demasiado tiempo aquí. Está decidido.

Y luego pensó en aquel hombre conocido de muchos: Vincent Margret. Un hombre un tanto raro. Al menos sus ideas sí lo eran.

Conozcámosle.

CAPÍTULO PRIMERO

La casucha estaba a las afueras de King Road, exactamente a 30 kilómetros de Londres.

Excepto los fines de semana y en época veraniega, los escasos *cottages* de estilo de épocas pretéritas se hallaban deshabitados.

King Road no había prosperado ciertamente, otras zonas fueron acogidas con mejor entusiasmo por la población de la década de los setenta.

El lugar se había detenido con el tiempo y conservaba el estilo de las últimas edificaciones construidas en el período de entreguerras.

Tranquilo lo era y solitario más. Un paraíso para intelectuales, gentes que vivieran del pensamiento o viejos retirados amantes de la paz absoluta...

El cementerio cerca de la casucha era todo un símbolo...

Vincent Margret se detuvo frente al desvencijado edificio de paredes de ladrillo. Anduvo por el descuidado césped hasta la puerta de la casucha.

Una débil luz alumbraba tímidamente el interior. La opacidad del cristal de la única ventana donde no habían sido echadas las persianas, impedía ver el interior de la casa. Margret llamó a la puerta que carecía de timbre.

Tuvo que emplear los nudillos, pero no le hicieron esperar demasiado.

Un individuo alto, de aspecto esquelético abrió la puerta y se fijó detenidamente en Margret.

—¿Ha venido solo? —le preguntó después de echar una ojeada en torno suyo.

El paisaje a la luz de la luna era desolado. La casa más próxima

estaba a medio kilómetro de distancia y el lugar donde Margret había dejado el automóvil en el que había llegado era un simple camino vecinal en desuso.

—¡Claro! Y me ha costado mucho encontrar este sitio —repuso Margret.

—¿Ha preguntado a alguien? —Siguió el tipo con aspecto esquelético.

—No. No he preguntado a nadie. ¿A quién podía preguntar? Esto parece el fin del mundo. Jamás creí que existiera un lugar como éste —repuso Margret.

Margret era un tipo que había pasado ya la cuarentena de años. De estatura mediana y aspecto saludable. No era obeso pero sí entrado en carnes. Parecía ser el tipo de hombres acostumbrados a la buena vida, y sobre todo a dar órdenes.

—No me tendrá aquí toda la noche, ¿verdad? —inquirió al ver que el otro no se decidía a hacerle pasar.

—Debemos estar seguros... Nuestro trabajo es muy especial. Usted lo sabe.

—He venido solo. No he hablado con nadie de «eso». ¿Qué más quiere que le diga? —repuso Margret disgustado.

—Pase —fue la respuesta de su extraño interlocutor que vestía un traje negro, fúnebre más que elegante.

Margret al trasponer el umbral de la puerta y observar las viejas paredes decoradas con viejísimo papel que se caía por todas partes e iluminado por una bombilla desnuda que pendía del techo hizo un gesto de desagrado.

—No están ustedes muy bien instalados —murmuró.

—Cumplimos una misión, señor Margret —repuso el otro—. Para el caso estamos bien como estamos. Claro que si no le gusta nuestra instalación puede regresar. Nosotros no exigimos nada, ni llamamos a nadie.

—Sí, sí, lo sé... —repuso Margret con impaciencia.

El tipo de aspecto esquelético; alto, excesivamente alto y rígido por completo, cerró la puerta con cuidado. La aseguró con un cerrojo corredero y añadió una cadena protectora.

Después de tales precauciones, indicó el camino a Margret.

Le condujo a la habitación contigua al *hall*. Se trataba del salón-comedor de la casa. Antaño debió ser un lugar muy acogedor.

Ahora era tan frío como todo lo demás. Paredes desconchadas y un hogar en el que hacía falta un buen fuego.

No había más muebles que una mesa de despacho vieja y fea en el centro de la estancia. Una silla tras la cual se sentó el tipo cadavérico y otra delante.

Con un gesto, el de la casa, indicó a Margret que se sentara.

Una lámpara flexible era la única luz de aquel escritorio cuyo único equipo era una carpeta común, un bolígrafo y un papel escrito a máquina.

—Esperaba otra cosa —murmuró Margret al tomar asiento.

—Sí. Algunos opinan igual, pero aquí no nos gastamos el dinero en vaguedades. Los que vienen saben a lo que vienen y lo que quieren. Nosotros se lo proporcionamos, sin defraudar jamás. ¿Me ha entendido, señor Margret? ¡Jamás!

La seguridad del tipo cadavérico era impresionante. Ya de por sí, sus pómulos salientes, sus mejillas hundidas y su aspecto pálido inspiraban un serio respeto, A más de uno el respeto se hubiese traducido en miedo, si más no por su físico, por el lugar donde recibía sus visitas, por aquella casa fantástica, por lo solitario de su emplazamiento, por la noche, por las circunstancias.

Pero Margret no era propenso al miedo, por ello dijo:

—¿Piensan impresionar con todo ese decorado fantástico? —Y al decirlo sonrió.

—Piense lo que quiera, señor Margret, pero nosotros cobramos para causar terror. La gente tiene ideas raras sobre el terror. El que se asusta ante la idea de un esqueleto que le persigue, o de un monstruo que se le aparece en sueños no acude a nosotros, porque nosotros nos reímos del miedo. Los que acuden aquí son gentes como usted. Fuertes. Gentes que pagan y saben por lo que pagan.

—Hágame usted temblar de miedo —sonrió Margret—. Acepto todos los trucos. Ya le dije que poseo una editorial. Tengo escritores vulgares. Capaces de inventar las historias más inverosímiles, pero que en el fondo sólo pueden asustar a los niños. Yo quiero terror, auténtico terror. Terror a la luz del día. Nada de cementerios, de monstruos extraños o de condes Drácula que sólo sirven para hacer reír. Quiero miedo auténtico. Quiero un ejemplo para los que escriben para mí. Poderles decir: Eso es miedo... Cualquiera que lea eso sentirá miedo; lo digo yo que no me asusto por nada.

¿Comprende lo que le quiero decir?

—Perfectamente, señor Margret. Usted quiere que sus lectores más escépticos sientan miedo. Usted es un escéptico que no se asusta por nada y quiere que nosotros le asustemos para convencerse a sí mismo de que el miedo existe y puede ser experimentado hasta por los llamados más valientes.

—Exacto.

—Quiere pasar por una experiencia para saber por sí mismo que se puede crear una situación de terror.

—Sí, señor.

—Pues bien, vayamos al asunto... ¿Trae usted el dinero?

—Llevo lo que me pidieron. Cinco mil libras, pero antes...

—Claro... Quiere usted garantías. Lo comprendo —murmuró el tipo esquelético.

—No es que sea desconfiado, pero...

—No hable usted más, señor Margret —cortó el otro—. Sus recelos son lógicos. Firme usted este documento y no pague nada.

—¿Documentos? —inquirió Margret.

—Exacto. Lea usted. Decía simplemente:

«Si mañana por la mañana sigo con vida pagaré a “quien yo sé” la cantidad de cinco mil libras esterlinas. En caso de no poderlo hacer moriré dentro de los tres siguientes días».

—Muy interesante —sonrió Margret—. Pero lo considero una tontería.

La respuesta fría y monótona del tipo cadavérico fue ésta:

—¿Sabe si usted va a llegar vivo a su casa, señor Margret?

—Bueno... Estoy sano. ¿No pensarán ustedes asesinar-me?

—Pensamos, señor Margret. Simplemente pensamos...

—No le entiendo.

—¿Qué más se puede temer que a la muerte, señor Margret?

—Oiga...

—No. Óigame usted. Un monstruo no es capaz de aterrorizar a personas equilibradas, porque los monstruos realmente no existen más que en la imaginación, pero la muerte sí existe y debe llegar:

¿Cuándo? Ése es el gran misterio. Si usted no paga mañana en el supuesto de que siga vivo, morirá durante los siguientes tres días.

Margret se puso en pie.

—Esto es una burla.

—Si no quiere firmar es lo mismo, señor Margret. El pacto está sellado aunque no haya firmado.

—No he venido a que me asesinen.

—Nadie ha hablado de asesinato. Sólo de muerte. En fin. Le creía a usted más valiente.

—¿Es un reto?

—Nosotros no retamos, señor Margret —repuso el otro con la misma frialdad característica—. Simplemente vendemos terror. Usted ha venido a comprarlo.

—¡Está bien! ¡Acepto! —repuso Margret herido en su amor propio—. Pero si se trata de una estafa...

—Cuando conviene... sabemos trabajar gratis, señor Margret. Ésta será nuestra última entrevista. Si decide pagar venga a esta casa y deposite el dinero en el buzón. No firme si no quiere. Su palabra nos basta, por otro lado, jurídicamente este documento no tendría ningún valor.

—Éste es un caso especial. Firmaré —repuso Margret tomando el bolígrafo que estaba sobre la mesa, luego estampó su firma al pie del breve redactado de aquel documento.

La entrevista había terminado. El otro sujeto le acompañó hasta la puerta. Salió primero y examinó el lugar tras lo cual, mediante una seña hizo salir a Margret.

—Buenas noches. ¡Ah! Y recuerde, aquí jamás nos volvemos atrás de lo pactado.

Margret sonrió.

—Pan elegido a un buen empleado para esta clase de trabajo, cualquiera sentiría miedo al verle a usted y sobre todo en este lugar, pero conmigo van a fracasar.

El otro desapareció cerrando la puerta tras sí.

Margret sonrió.

«Vaya tontería», pensó.

Se dirigió hacia el coche. Ni la soledad, ni el ambiente tétrico por la proximidad del cementerio le impresionaban.

Entró en el auto y tras cerrar la puerta miró alrededor.

«Pobres diablos... Tratan de impresionar a la gente mandando cartas y asegurando el miedo», se dijo a sí mismo.

Puso el motor en marcha. El coche se había enfriado con la humedad de la noche.

Algo se movió en la parte trasera del interior del auto, pero Margret no lo notó y rió de los métodos de la extraña oficina.

«Bueno —se dijo de nuevo—. Me gusta experimentar por mí mismo. El miedo es algo que sólo está en la imaginación de los pusilánimes. Un estado intangible, porque el miedo no existe».

Una garra surgió agitándose tras la cabeza de Margret.

El editor abrió la guantera para buscar algo. Repentinamente tuvo una extraña sensación. Un olor característico, raro. Miró a través del espejo retrovisor.

¿Qué fue lo que vio exactamente?

Unos ojos con un brillo especial, una faz velluda... Un rostro.

Se volvió instintivamente y se encontró con aquellas garras que cubrían su rostro.

Quiso defenderse del monstruo que pretendía atacarle. No sentía miedo en absoluto, a pesar de que luchaba con lo desconocido, pero las fuerzas de su enemigo eran muy superiores.

Sintió que le faltaba el aire. Algo oprimía su cuello y la respiración le quedó cortada.

La escasa luz que le alumbraba procedente de la luna se fue desvaneciendo poco a poco.

Sólo podía ver a través del retrovisor y su última imagen que quedó grabada en su retina, fueron aquellos ojos brillantes formando parte de la faz velluda.

Luego todo oscureció lentamente y una extraña laxitud invadió todo su ser. Margret, el hombre que no tenía miedo perdió la noción de todo...

CAPÍTULO II

Margret era el principal protagonista de la ceremonia que se estaba realizando: Un entierro.

El protagonista de un entierro es siempre el muerto. El muerto era él: Margret.

¡Pero estaba vivo!

Estaba vivo y no podía gritar. ¡No podía!

Sin embargo, veía perfectamente al capellán como oraba. Podía incluso oír sus frases pronunciadas en latín. Le vio hacer algunas cruces y luego alejarse para dar paso a los encargados de taponarle los orificios como se hace a los muertos para impedir la salida de los jugos de la descomposición interior.

«No, no», pretendía gritar sin conseguir que sus labios se movieran.

Vio las ágiles manos de aquellos hombres profesionales en su tarea. Vio también a algunos desconocidos que observaban con rostros graves la tarea de los fúnebres servidores.

Creyó reconocer un rostro inconcreto de algún colaborador, mezclado entre otras personas completamente ajenas a él.

Intentó adivinar dónde se encontraba. Era una habitación de paredes desnudas y cielo raso, amarillento.

¿Dónde estaba? ¿Qué pretendían hacer con él?

Pensó en su contrato. En su deseo de comprar terror...

«Es... una broma —se dijo interiormente—. Esto terminará... No... No pueden asustarme».

Pero le costaba respirar. El algodón que habían metido en su garganta y en las ventanas de su nariz le dificultaba aspirar el aire suficiente.

De pronto vio el ataúd ante sí. Un féretro que le pareció

demasiado pequeño, pero, sin embargo, estaba destinado a él.

La gente hablaba entre sí. ¡Hablaban de él! De su muerte, del dinero que había dejado... Luego se sintió izado por cuatro brazos poderosos que le colocaron en el acolchado ataúd.

«¡No, no!», pugnaba por exclamar...

Alguien hizo un comentario.

—Son las diez de la mañana. Debemos damos prisa. Desgraciadamente nada se puede hacer por él.

Otra voz murmuró:

—El coche está abajo. Cierren el ataúd.

«¡No, no! Esta broma dura ya demasiado...». —Era inútil intentar articular ninguna palabra.

Un par de manos bajaron la tapa. Todo quedó negro para Margret. Estaba metido dentro del féretro. Inmovilizado.

¿Acaso se trataba de un ataque de epilepsia?

No... Era la broma... La broma del terror para obligarle a pagar las cinco mil libras que había prometido dar.

Sintió el vaivén del transporte. Los profesionales no tratan a los muertos con el debido respeto. Los mueven demasiado. Ladean el féretro, lo levantan... Aquello produjo náuseas a Margret, el movimiento, los cambios de posición, le hacían ir de un lado a otro, luego le descargaron sin el menor miramiento.

Después...

Después tuvo la sensación de que le habían colocado sobre algo que inmediatamente se puso en movimiento: ¡El coche! El coche mortuario que le conducía hacia el cementerio.

Fue un viaje largo. Interminable.

La dificultad de respirar y aquella negrura absoluta fueron un auténtico tormento. ¿Por qué son negros los forros de los ataúdes?

El coche debió enfilar un camino vecinal propio para recorrer en un *jeep* o algo parecido, porque el traqueteo se hizo mareante. Margret ya no podía más. Sentía deseos de vomitar.

Todavía el suplicio se prolongó por más tiempo.

«Esto tiene que terminar —se repetía—. No pueden enterrarme vivo... Sería un crimen...».

El viaje terminó. De nuevo sintió el vaivén del traslado a mano y el nuevo golpe al ser depositada la caja sobre un lugar duro.

A través de la tapa y ante un silencio escalofriante pudo oír unas

voces:

—Seguramente salió a pasar fuera el fin de semana. Nos extrañó que el limes no fuera a la oficina y que nadie respondiera en su casa. Entonces nos enteramos del accidente...

Otra voz que en aquellos instantes Margret no pudo reconocer preguntó:

—¡Ah! ¿Entonces fue un accidente?

Y el mismo que había hablado antes, puntualizó:

—Bueno. En cierto modo. Parece que tuvo un ataque al corazón mientras conducía por la carretera de Kent.

«¿Un ataque al corazón...? ¿Kent?».

¿Cuándo había sufrido el ataque...? ¿Cuándo había ido a Kent?

Aquello nada tenía que ver con su visita a la casucha de King Road y además hablaban del fin de semana... ¡Y él había ido a King Road en un miércoles!

Lo recordaba perfectamente... Miércoles 24 de enero... ¿A qué fin de semana se referían? ¿Había tenido un accidente de veras?

Todas aquellas preguntas incontestables tuvieron eco en una respuesta que alguien siguiendo la conversación que sostenían en el exterior puso un claro con un comentario:

—El jueves estaba algo raro cuando estuvo en la oficina y el viernes marchó muy temprano...

—Quizá ya no se encontraba muy bien —respondió otro.

Margret pensó: «Si el jueves y el viernes había ido a la oficina, entonces... entonces nada tenía que ver la entrevista en la casucha de King Road...». Pero...

¿Qué había pasado después de lo de King Road?

Eso es lo que Margret no lograba recordar. Todo era tan vago, tan nebuloso...

Sin embargo, lo real estaba allí. ¡En el cementerio!

Sí... Oía el repiquetear de los picos abriendo la sepultura. Un nicho, una tumba... ¡Iban a enterrarlo!

—De todos modos el mundo no habrá perdido gran cosa... Era un déspota —criticaba alguien...

Pero... ¿Quién era aquella gente? El no tenía familia. Vivía solo... Hacía años que estaba separado de su mujer. Todo el mundo decía que era inaguantable, pero él... él tenía su propio sistema de vida, sus propias creencias. Jamás había necesitado a nadie y de

nadie...

¿Qué estaba sucediendo en realidad?

Los golpes de los picos cesaron de pronto. Alguien cogió aquel tétrico envase de madera y lo fue levantando para Dios sabe hacia qué agujero.

Fuera, alguien dijo:

—Sujeta bien las cuerdas para que no se caiga...

¡Estaban atando el ataúd!

De nuevo se sintió izado. El féretro oscilaba ligeramente para luego descender con lentitud. ¡Le enterraban!

«¡No, no...! ¡Esto es demasiado!», gritaba para sus adentros, pero la voz continuaba negándose a salir.

Un rudo golpe y la extraña sensación de hallarse en un lugar estrecho, reducido... ¿O... es que ya no era de por sí más reducido aquel sarcófago?

No podía concretar exactamente sus emociones. Sentía miedo. Miedo porque las fuerzas comenzaban a faltarle a causa de su deficiente respiración. Miedo porque iban a enterrarle vivo.

La voz lejana de un capellán haciendo el sermón final, aludiendo «al Más Allá», invocando el perdón de los pecados le arrancó un escalofrío.

Después todo cesó.

—Es el fin —dijo alguien—. Todos tenemos que terminar del mismo modo.

La tapa del ataúd recibió un impacto graneado. Margret comprendió: «La tierra... Me están echando paladas de tierra». Otro impacto.

La sensación de ahogo se hizo más densa, más palpable. Experimentó un gran peso... La tierra. ¡La tierra que cubría el ataúd dentro del cual se hallaba!

Las voces se hicieron más lejanas.

«No... No lo hagáis —quiso decir tan inútilmente como las otras veces—. No lo hagáis...».

—En paz descanse —dijo alguien por decir una frase vulgar.

La tierra seguía invadiendo el féretro. Margret ya no podía oír ningún comentario. Ni siquiera el murmullo de las voces de los que estaban en la superficie.

La sensación de ahogo aumentó. Apenas podía respirar. Pensó

que si pudiera moverse y quitarse aquellos tapones de algodón tal vez tuviera más fuerzas, pero sus fuerzas agotadas le mantenían en el mismo estado de postración.

¿Cómo había ocurrido todo? ¿Cómo él estaba metido dentro de aquel féretro?

La vaga sensación de que alguien aplanaba la tierra le dijo que la ceremonia del entierro había terminado.

Le dejaban allí, y él —vivo aún— reventaría por no poder respirar. Moriría de veras a menos que se obrara algún milagro.

De nuevo intentó recordar...

La última visión de su vida, o por lo menos de su vida en el mundo común fue cuando estaba en el coche, saliendo de la casucha, cuando se reía pensando en que nadie sería capaz de causarle el terror que él estaba dispuesto a comprar por cinco mil libras esterlinas.

Fue entonces cuando surgió aquel rostro indescriptible, el brillo de aquellos ojos y cuando se sintió sujeto por aquel par de garras y olió por primera vez aquel extraño perfume de algo adormecedor.

A partir de ahí todo era oscuridad en su mente.

Sin embargo alguien había hablado de un accidente, de un ataque cardíaco...

¿Cómo sucedió?

Tuvo que hacer un gran esfuerzo para acumular aire, pero cada vez le resultaba más difícil.

Decidió no pensar. ¿De qué servía? Le habían enterrado vivo.

¡Enterrado vivo!

Comenzó a desesperarse de veras porque notó por primera vez que podía moverse de verdad. Sus manos abandonaron aquella extraña rigidez, y, a pesar del reducido espacio donde se hallaba, consiguieron llegar hasta la boca.

Sí... Primero se quitaría aquel tapón que le impedía acumular aire y que además le producía náuseas. Después los algodones de la nariz.

Tras los esfuerzos lógicos dentro de la estrechez del reducido espacio que ocupaba, se sintió más libre, pero aprisionado igualmente por la caja cuya tapa no podía abrir por el peso de la tierra que tenía sobre sí.

Gritó.

Pudo escuchar su propia voz, apagada, ahogada dentro del reducto que ocupaba.

—¡Auxilio! —repitió—. ¡Estoy vivo!

Comprendió que sería inútil. Estaba muy debajo. O al menos lo suficiente para que sus gritos no pudieran taladrar la tupida tierra que lo mantenía bajo su cobijo.

Aquella negrura exasperante, la problemática posibilidad de que alguien le sacara de allí, el irremisible fin que le esperaba trastornó su cerebro.

Comprendió por fin de que estaba atrapado. Fuera lo que fuese lo que le había conducido allí, ya no tenía salvación, porque la falta de aire se dejaba notar. Moriría por asfixia y comenzó a arañar la madera.

—¡Sacadme! ¡Sacadme de aquí! —gritaba aún, comprendiendo que sus esfuerzos reducían su capacidad de seguir respirando.

Continuó arañando y arañándose a sí mismo preso de un terror pánico indescriptible.

Ni aun en plena lucidez Margret hubiera sido capaz de relatar sus impresiones en aquellos instantes.

Sintió que la sangre caliente corría por su rostro. Deseaba vivir, pero no podía respirar. Se removía dentro del féretro inmóvil y aprisionado por la tierra.

¡Es tan estrecho un ataúd!

No pudo volverse como hubiese querido. Y el aire... El aire se agotaba.

¿Puede agotarse el aire?

Jamás se había hecho esa pregunta. Sin embargo era cierto. El aire en un espacio como aquél sin posibilidad de renovarse es limitado, muy limitado.

La lucha por la existencia se hizo ya totalmente inútil por imposible.

Margret creyó sentir que un chorro de sangre se escapaba por las ventanas de la nariz.

Se ahogaba.

Se ahogaba lentamente.

Aún trató de gritar con los puños crispados, con los ojos inmensamente abiertos... Todo era inútil.

CAPÍTULO III

John Marsh entró en una de las cabinas telefónicas de la estación y después de consultar el listín marcó el número de teléfono correspondiente a la casa de su tío Vincent Margret.

Julie, su esposa, le aguardaba fuera y vio perfectamente cómo John seguía con el auricular pegado a la oreja sin recibir respuesta.

—¿Qué ocurre? —le preguntó cuándo cansado de llamar John salió de la cabina.

—No lo entiendo, no contestan. He llamado a la oficina y a su casa.

—¿Tampoco contestan en la oficina? —preguntó Julie.

—Bueno, no es extraño. Es la hora de comer. Lo que vamos a hacer tú y yo, pero antes nos instalaremos en un hotel.

—Este viaje ha sido una locura, John...

—Tonterías. Si tío Vincent no puede hacer nada de lo que yo le pida, nos quedaremos en Londres. Así estaré más cerca de los editores. ¡Vamos, cariño!

Se mezclaron con la gente que salía de las oficinas para ir a tomar el *lunch* de mediodía.

Sin embargo, en medio del frenesí de las gentes en las horas puntas, siempre queda alguien que puede tomar el tibio sol en cualquier parque o lugar público.

Niños pequeños con sus madrinas, mamás o *baby-sisters* son paseados en sus cochecillos; hombres y mujeres que viven del retiro o de Dios sabe qué, es frecuente encontrarlos por ejemplo en Hyde Park.

Todos saben a qué han ido, o qué esperan, o al menos creen saberlo, pero a veces surge un ser extraño, ajeno a todo que se pregunta:

«¿Qué hago aquí?».

«¿Cómo he llegado hasta aquí?».

Eso exactamente es lo que se estaba preguntando aquel hombre del traje raído a quien le faltaba un buen rasurado de barba.

Sí. Aquel hombre era Vincent Margret.

Miró alrededor. Instintivamente creyó adivinar la hora: mediodía. Entonces pasó la mirada por su propia persona. ¿De dónde había sacado aquel traje?

No parecía suyo. Al menos no recordaba guardar en su armario ropa tan vieja. Acaso sólo era sucia de polvo, El traje era oscuro y propenso por tanto a coger polvo.

Se pasó la mano por el rostro y notó la barba. Calculó que por lo menos llevaba dos días sin afeitarse. A él le crecía muy aprisa el vello del rostro.

¿Dos días?

Recordó su ida a aquella casucha de King Road y luego sintió un escalofrío en su columna vertebral al pensar en que había sido enterrado vivo. ¿O acaso había sido sólo una pesadilla?

Se levantó como un autómatas buscando en su bolsillo interior. Allí tenía su cartera, abultada con la documentación. La sacó y la abrió. Guardaba también algún dinero. Unas cien libras.

Al meterse la mano en el bolsillo derecho de la chaqueta encomió algo viscoso, alargado. Instintivamente sacó su mano a la que se había pegado la «cosa».

Era un gusano. Un gusano de tierra.

Hizo un gesto de repugnancia y lo tiró.

¿Un gusano en su bolsillo? ¿Un gusano de tierra?

Volvió a pensar con horror en el cementerio. Tal vez se había filtrado en el ataúd...

Reaccionó, aunque se sentía débil. Necesitaba tomar un trago, pero en aquella hora difícilmente se lo servirían en la *city*. Sería mejor que fuera a su casa, allí guardaba buen *whisky* y mejor jerez, cualquier cosa que le entonara.

«Una broma», se repetía a sí mismo al salir del parque. Reconoció que era el Hyde.

«Han tratado de asustarme valiéndose de Dios sabe qué medios. Es posible que me narcotizaran...».

Comenzaba a tomar exacta noción de la realidad. De un intento

de comprar el terror que le habían asegurado en aquella casucha, de acuerdo con la carta recibida.

Deambuló mezclándose con la gente que salía de las cantinas donde había ido a tomar el almuerzo. Estaba en pleno centro de Londres, en el mismo Piccadilly, arropado por la concurrencia y por un día extraordinariamente luminoso, pese a ser en pleno invierno.

Le pareció que alguien le seguía a pesar de todo. Tenía la vaga impresión de ser observado y se detuvo. Dejó pasar a los dos hombres que iban de inmediato tras él. Eran dos sujetos altos, vestidos un tanto estrafalariamente, pero qué pasaron de largo sin siquiera mirarle.

¿Por qué sentía aquella sensación de acoso?

Distraído cruzó la calzada. El disco acababa de cambiar en aquellos instantes. Se había puesto rojo.

Un coche venía lanzado de la esquina anterior y alguien gritó:

—¡Cuidado!

—¿Dónde va ese hombre? —Machacó otra voz.

Margret se vio el auto materialmente encima y en un esfuerzo supremo consiguió saltar para evitar ser alcanzado. Otro automóvil hizo chirriar sus frenos para no atropellarle.

Margret se levantó y echó a correr hacia la acera. Estaba algo asustado, aun a pesar suyo.

«Es la debilidad —se dijo—. No debo haber comido desde por lo menos hace dos días». Empujó a la gente para abrirse paso y se sintió empujado a su vez hacia un escaparate. El cristal reflejó la imagen de un hombre que llevaba el rostro casi cubierto por el ala de su sombrero y los hombros muy echados hacia arriba.

Aquel tipo esgrimía algo dentro del bolsillo del abrigo. Algo que sacó durante unos momentos. Era un pequeño revólver provisto de silenciador.

Margret se dio perfectamente cuenta de que le estaba apuntando a él. ¡De que iba a disparar!

—¡No! —exclamó.

Dio un salto de lado tratando de hurtar su cuerpo a las balas.

El tipo había disparado.

Nadie se dio cuenta porque el silenciador había ahogado por completo el estampido, pero la luna del escaparate recibió el impacto y un redondo agujero apareció en el cristal.

—¡No! —gritó Margret—. ¡Socorro! ¡Tratan de asesinarme!

Algunos se volvieron. Quizá le tomaron por loco. Los que estaban más apartados ni siquiera se dieron cuenta. En Londres como en todas partes hay muchos tipos extraños y la gente va a lo suyo.

Margret dobló la próxima esquina y se metió en uno de los corrientes callejones que a modo de atajos cortan camino.

Ahora sabía positivamente en qué consistía el terror que le habían prometido. ¡Querían asesinarle!

Jadeante terminó de cruzar el callejón al tiempo que dos tipos fornidos parecían cerrarle el paso.

Se detuvo. Miró hacia atrás y creyó ver al hombre del abrigo de cuello alzado y sombrero calado hasta los ojos que estaba en el otro extremo.

«Traían de acorralarme».

Aquello no tenía sentido. ¡En pleno Londres! ¡En pleno día!

Retrocedió.

En su carrera por el callejón creía recordar una puerta; la de un almacén quizá. Llegó hasta ella mientras el par de tipos fornidos avanzaban apretando el paso.

Margret cruzó la puerta que encontró afortunadamente abierta y se halló en el centro de un pequeño vestíbulo con otras dos puertas. Una de ellas estaba cerrada.

Sudoroso a pesar de la estación y, aun sin llevar ropa de abrigo empujó la otra puerta mientras en el callejón resonaban los pasos de aquellos hombres.

La puerta cedió al fin. Con el nerviosismo no había atinado a dar la vuelta completa al pomo.

Se encontró en un apestoso almacén. ¿A que olía aquello? Desperdicios acaso.

Mirando hacia atrás chocó con una caja y cayó al suelo. Entonces se fijó en el anuncio de algunas cajas. Eran productos de abono.

Habían otras cajas más grandes con anuncios de otras mercancías. Se trataba de un almacén distribuidor de productos heterogéneos.

Iba a echar a correr de nuevo cuando en la amplitud del local sonaron unos pasos.

Se asustó. ¿Quién podía ser?

Reaccionó, pensando que si se trataba de alguien del almacén podría decirle la verdad, que se había ocultado huyendo de quienes querían matarle.

Los pasos se alejaron, para entrar sin duda en alguna otra nave y Margret prosiguió la huida.

Al llegar al final del corredor formado por hileras de cajas de diversos tamaños, se encontró en el comienzo de otra nave.

Intentó orientarse, buscar una salida que le permitiera volver a la calle. Pensó en tomar un taxi así que estuviera de nuevo fuera de allí para dirigirse rápidamente a su casa.

Se metió por otro pasillo entre ladrillos, que le pareció interminable.

La luz era cada vez más escasa porque el corredor carecía de ventanas.

Al llegar al final casi no veía nada. Intentó tantear la pared en busca del camino adecuado, procurando arrastrar los pies para no tropezar con nada.

Tuvo la sensación de encontrarse en otra nave más pequeña envuelta en una extraña penumbra.

Los pasos a su espalda le hicieron avivar su marcha. Tropezó con algo y cayó. Se dañó las rodillas y el costado porque había chocado con algo de hierro.

Fue al tratar de levantarse cuando se encontró con aquella horrible visión.

Era una cabeza descomunal, fosforescente, humana y bestial a la vez. Unas facciones exageradas, satánicas y una risa burlona.

—¡No! —exclamó.

Huyó tropezando con otros objetos para caer en brazos de otra de aquellas apariciones.

La respiración se le hizo difícil. ¿Dónde estaba? ¿Quiénes eran aquellos seres mudos?

Se metió por el centro de la estancia guiándose por la tenue luz cuya procedencia ignoraba y se vio por completo rodeado de aquellas máscaras.

El corazón le latía a tope, como un motor al máximo de sus revoluciones.

Un torrente de escalofríos le hizo sentir miedo, no por las

máscaras, sino por el terror a la muerte. ¡Iban a matarle! Entonces creyó adivinar la verdad.

¡Oh, no! Aquellas máscaras eran totalmente inofensivas... Eran monigotes de cartón, propios para desfiles, fiestas o Dios sabe qué...

Anduvo entre ellos pensando en lo estúpido que había sido al asustarse de tan poca cosa.

La voz de alguien resonó:

—Ha entrado alguien.

—¿Un ladrón? ¿Qué puede buscar aquí?

—Bien. Le atraparemos —repuso la primera voz.

Margret quedó indeciso. Quizá sería mejor hablar con aquellos hombres. Sí. Era mejor.

—¡Eh! Oigan... Quiero salir de aquí No soy ningún ladrón. Ayúdenme a encontrar la salida.

Esperó. Los que le buscaban parecían lejos o no atinaban a encontrarle. Sólo podía escuchar los pasos que no llegaban nunca.

—¿Me han oído? No soy un ladrón. Me están persiguiendo. Necesito salir de aquí —gritó de nuevo.

Intentó buscar a la gente del almacén. Se alejó de la nave de los muñecos y encontró otro corredor. Por fin vio a un par de hombres avanzando.

A medida que los tuvo cerca y pudo ver sus rostros los reconoció como a los tipos que había visto cerrándole el paso en el callejón.

«Son ellos», pensó.

Sin dudarle se volvió hacia atrás y echó a correr.

—¡Deténgase! —dijo uno de ellos.

Margret corría con todas sus fuerzas para buscar una salida. Ahora ya no se fiaba de aquellos hombres.

En medio de aquel inmenso local se encontraba atrapado, como en una gigantesca ratonera sin puertas, y en la que él era el ratón y los gatos terminarían por encontrarle.

Ya no tenía casi fuerzas, arrastraba su debilidad de la que sólo lograba sobreponerse gracias a sus ansias de vivir.

Llegó a otra nave más pequeña. Parecía como la zona destinada a la carga y descarga de mercancías. Todavía no había empezado el trabajo de la tarde y los andenes se hallaban repletos de cajas y había un par de camiones esperando ser cargados.

Se volvió. Los otros no podían estar lejos, pues, sus pasos

resonaban todavía.

Se metió en uno de aquellos camiones, en el momento en que alguien abría una de las enormes puertas de salida.

Miró por el retrovisor y vio a los dos tipos que seguían detrás. Muy cerca. Le buscaban. El camión tenía las llaves puestas. Dio marcha y pisó el acelerador para huir.

Alguien empezó a gritar:

—¡Eh! ¿Qué es esto? ¿Qué pasa?

Uno de aquellos tipos corrió hacia la salida a tiempo de que el camión doblaba la esquina.

—Se ha metido aquí, no sabemos quién es ni qué buscaba. Dijo que le perseguían, pero en cuanto nos vio a nosotros echó a correr.

Un tercer hombre: el que había abierto la puerta, valiéndose de una manivela, dijo:

—Pues por lo visto buscaba el camión. Habrá que avisar a la policía.

CAPÍTULO IV

Margret había abandonado el camión cerca de una plaza y se adentró por un pequeño parque, que atravesó de punta a punta a todo correr. Al llegar a la otra calle llamó un taxi desesperadamente. El conductor detuvo el vehículo y examinó al futuro pasajero.

—Dése prisa. Al 32 de Marwell Street —dijo Margret metiéndose dentro.

Cuando el vehículo de servicio público arrancó, el pasajero no dejó de mirar hacia atrás como si presintiera que le estaban siguiendo.

El chófer conducía a velocidad normal y no cesaba de mirar a través del espejo a su cliente.

—¿Le persiguen? —preguntó al fin.

—No lo sé. Es decir... Bueno, no importa. Procure darse prisa. Le daré una buena propina.

—No me gusta meterme en líos —repuso el conductor.

—No se preocupe. No soy ningún delincuente —contestó Margret de mal talante.

Jamás se había visto en una situación como aquélla, pero pronto acabaría con ella, y al pensar en cómo hacerlo recordó lo que le había dicho aquel tipo esquelético de la casucha de King Road:

«Si mañana por la mañana sigo con vida, pagaré a quien yo sé la cantidad de cinco mil libras esterlinas. En caso de no poderlo hacer, moriré dentro de los tres días siguientes».

Eso es lo que había firmado en un alarde de valor.

Empezaba a comprender... Aquello era una amenaza, luego si pagaba las cinco mil libras, quedaría libre del peligro. Era una completa estafa. ¡Sí! ¡Todo estaba más claro que eh agua!

«El terror consiste —se dijo a sí mismo— en la amenaza de muerte. Sé que si no pago me matarán. Debería denunciarles. Esto no es terror, es un chantaje de muerte». Pero bien pensado...

Bien pensado le habían dado terror a gogó. Primero todo aquello del cementerio. ¡Porque estaba seguro de que le habían enterrado! Después el intento de asesinato en pleno corazón de Londres...

—Hemos llegado, señor —dijo el conductor deteniendo el coche en las señas que Margret le había facilitado.

Bajó y sacó de su cartera un billete para abonar la carrera. Regaló el cambio al conductor, y al volverse, cuando ya el taxi arrancaba de nuevo, vio a aquel tipo en la puerta de su casa, junto al corto tramo de escalones que daba acceso a la puerta.

Era un tipo alto, enjuto en cierto modo parecido al de la siniestra casucha de King Road.

Y el tipo le miraba a él con una mueca que quería parecerse a una sonrisa marcadamente irónica, burlona, casi despreciativa.

¿Iría armado aquel hombre?

No pasaba mucha gente por la calle. Era hora de trabajo ya y aquello era una zona residencial.

Margret dudó en avanzar y optó por volverse y traspasar la calle. Al otro lado había media manzana destinada a parque. Se metió allí y vio cómo el hombre hacía señal inequívoca de seguirle sin demasiadas prisas.

Margret aceleró el paso, volviendo la cabeza hacia atrás. Sin darse cuenta chocó con alguien más alto que él y ahogó un grito.

Una voz le preguntó:

—¿Le ocurre algo?

Lanzó un suspiro y sonrió estúpidamente al ver que se trataba de un policía, con su impecable uniforme azul, con su alto casco reglamentario.

—Na... da —tartamudeó, y enseguida pensó explicar la verdad de aquellos momentos—. Temo que me siguen. No sé...

—¿Quién? —preguntó el guardia.

Margret se volvió hacia atrás señalando la puerta del parque. Pero allí ya no había nadie.

—No es posible. Iba detrás de mí.

—¿Quién iba detrás de usted? —preguntó el policía.

—Pues un hombre, desde luego... —¿Vive usted por aquí?

—Al otro lado. En el treinta y dos.

—Vamos, echaré un vistazo —repuso el guardia sin inmutarse en absoluto.

Anduvieron uno al lado del otro. Margret se sentía ridículo con su miedo, del que tantas veces se había reído cuando los demás le contaban historias o también como editor rechazando historias de sus colaboradores con el informe de que se trataba tan sólo de cuentos de niños.

Llegaron de nuevo a la Maxwell Street. Allí no había rastro alguno del tipo alto y enjuto que Margret vio a la puerta de su casa al apearse del taxi.

—¿Ve usted al hombre que le seguía? —preguntó el policía.

—No, no —tuvo que admitir Margret.

—¿Se encuentra bien? —requirió el policía.

—Sí, señor. Bueno... —Viendo que el guardia miraba sus ropas añadió—: En realidad estoy muy cansado.

—¿Cuál es su nombre, señor?

—Margret. Vincent Margret. Soy editor.

—Bien. Procure descansar, señor —repuso el servidor de la ley —. Si me necesita estaré por aquí. Estoy de servicio en este barrio.

—Gracias, gracias. —Y Margret se despidió torpemente para dirigirse hacia su casa.

Entró después de sacar la llave de su bolsillo. La casa era de planta y piso, bastante espaciosa y confortable. En ella, el editor vivía solo.

Respiró tranquilo al verse entre aquellas paredes.

Permaneció unos instantes pegado a la puerta, de espaldas a ella acompasando el ritmo de los latidos de su corazón. Luego se dirigió al mueble donde guardaba las bebidas, en el salón. Se sirvió una generosa dosis de *whisky* y apenas hubo tenido tiempo de sentir el cálido licor recorrer su cuerpo, cuando fue presa de un nuevo sobresalto.

Alguien se movía en el piso de arriba.

Avanzó con cautela hacia el pie de la escalera que arrancaba desde el vestíbulo.

No era necesario aguzar mucho el oído para oír el ruido leve que produce una persona al moverse sobre el *parquet* encerado de un piso.

El timbre del teléfono le produjo un sobresalto. Le pareció que llamaba con mayor potencia que de costumbre.

Dejó que sonara. Su oído estaba atento en lo que sucedía en el piso superior.

Indeciso pensó que haría bien en tomar el aparato que repiqueteaba con monótona insistencia.

Volvió al salón y tomó el auricular.

—¿Señor Margret? —inquirió una voz grave.

—¡Al aparato! ¿Con quién hablo?

—¿No me conoce, señor Margret? —replicó la voz.

El editor tenía idea de que la voz no le era desconocida. Hubiese jurado que era la del tipo cadavérico de King Road.

—¿Es usted? El de la agencia o lo que sea... —empezó el editor.

—Parece usted muy nervioso, señor Margret —repuso la voz—. No debería estarlo. Ha tenido usted bastante suerte, por lo general no solemos fallar.

—Oiga usted... Quieren matarme. Voy a avisar a la policía.

—Yo que usted no lo haría. Esto no entra en el juego. Si ya tiene bastante terror pague usted las cinco mil libras. Ya sabe dónde debe llevarlas.

—Esto es una estafa.

—Perdone, señor Margret. Es un juego que usted aceptó libremente. Si está asustado es porque usted hizo una compra. Compró miedo y aún lo debe... ¿Sabe qué día es hoy?

Margret no supo contestar.

El del teléfono añadió:

—Esta noche hará dos que usted me visitó en King Road. Recuerde el papel que firmó. Sólo se le conceden tres días, mañana por la noche expirará el plazo, pero dudo que llegue usted a vivir otras veinticuatro horas, sería demasiada suerte. Nuestros clientes que quieren dárseles de listos... no suelen tener tanta suerte. —Y antes de que el editor pudiera contestar su interlocutor colgó el teléfono.

Margret quedó un momento indeciso. Escuchó claramente cómo arriba seguía moviéndose algo o... alguien.

«Yo acabaré con esto», pensó tratando de infundirse ánimos.

Tomó otro trago de *whisky* y se dirigió hacia su despacho contiguo al salón. Abrió un cajón de la mesa de escribir y extrajo un

revólver que guardaba para su seguridad personal.

Envalentonado con el arma avanzó de nuevo hacia el arranque de la escalera y comenzó a subir lentamente.

Como casi siempre, uno de los escalones, el tercero concretamente gruñó al ser pisado. Margret se detuvo y escuchó.

El leve ruido parecía haber cesado. Quizá la persona que estaba escondida arriba se había dado cuenta de que el editor comenzaba a subir.

Estaba a media escalera cuando llamaron a la puerta. Quedóse inmóvil. La visita podía ser inoportuna o acaso todo lo contrario.

El timbre llamó de nuevo y Margret decidió abrir la puerta guardando el revólver en el bolsillo de su chaqueta.

En el umbral apareció un hombre joven de aspecto sonriente.

—¡Vaya, Vint! ¿Dónde te habías metido? Ayer pasé por la editorial y me dijeron que habías telefoneado diciendo que no irías. Hoy tampoco te han visto el pelo por ahí...

¿Vienes de un safari? No es por el traje, pero nunca te había visto sin afeitarse.

Margret miraba a su visitante. Claro que le conocía. Y él podía ayudarle bastante. Era Robert Malcom; colaboraba en la empresa como asesor literario.

—Bueno... ¿Es que no vas a dejarme entrar? ¿No te encuentras bien? A ti te ocurre algo.

—Pasa, Robert. Llegas a punto, aunque no sé. —Y el editor miró furtivamente hacia la escalera.

—¿Tienes visita? —preguntó el recién llegado volviendo la mirada hacia el mismo sitio.

—No, no. Es decir. Bueno pasa... Te lo explicaré en pocas palabras.

Dejó pasar a Robert y cerró la puerta, luego bajando la voz añadió:

—Creo que arriba hay alguien...

—¿Alguien? ¿A quién te refieres? —inquirió el otro sin comprender.

—Una persona que quiere matarme.

Robert arqueó las cejas.

—Así de pronto es difícil de entender, pero lo comprenderás en seguida...

—¿Por qué no llamas a la policía?

—No, Robert. Al menos de momento. Se trata de... Bueno, no quiero que me tomen por un chiflado, entiéndelo. Si cuento esa historia...

—Habla claro.

Seguían en el vestíbulo. El editor escuchaba hacia arriba, contagiando a su visitante.

—¿Qué te pasa? Explícate.

—Se trata de aquella carta que recibí. Tú eres la única persona que lo sabe todo.

—¿Carta?

—Sí, Robert. Hablamos de ella hace tres o cuatro días...

—¡Oh! —exclamó el recién llegado cayendo en la cuenta. Te refieres a... a esos que decían vender terror— y se rió. —No harías caso de una cosa así.

—Sí, hice caso, Robert. Fui al lugar que me indicaron. En King Road. Bueno, confieso que el recibimiento de que fui objeto fue muy teatral...

—Vayamos al grano.

—Desde entonces me han sucedido cosas extrañas. Todo preparado, claro, pero ya sé dónde van a parar.

Brevemente el editor expuso lo que le había sucedido. Su impresión de haber sido narcotizado en el coche cuando se disponía a salir, de lo contrario, la sensación de haber sido enterrado vivo no tendría explicación.

—Tal vez me hipnotizaron. No lo sé. Lo que sí es bien cierto es que si no pago las cinco mil libras van a matarme. Ésa es la clase de terror que venden.

¿Comprendes el truco?

—Pero tú estás asustado de veras. De eso no cabe duda.

—Ya me dirás qué harías tú si en pleno Piccadilly Circus alguien disparara sobre ti. ¡Eran balas de verdad! Taladraron una luna de un escaparate. Y la bala iba dirigida a mí. Luego fui perseguido. Un hombre me aguardaba en la puerta de mi casa y desapareció al ver que yo hablaba con un guardia. Y ahora eso...

Indicó significativamente lo alto de la escalera.

—¿Y no estás decidido a llamar a la policía?

—La verdad es que me han llamado por teléfono y...

—¿Tienes miedo que si llamas... puedan acelerar esa especie de plan que han urdido contra ti?

El editor terminó asintiendo.

—Bueno. Se han salido con la suya. Te han hecho coger miedo.

—¡Diablo! Quieren matarme...

—¿Por qué no subimos arriba? Escucha... Hay otra escalera en tu casa, ¿verdad?

—Sí. La del corredor de la servidumbre. ¿Por qué?

—Tú subes por ésta y yo subiré por la otra. Si hay alguien le cogeremos.

—Puede ir armado —repuso el editor.

—Hum. Si le sorprendemos.

—Yo tengo también un arma —y sacó el revólver del bolsillo.

—No me gusta todo esto, Vint. Sería mejor terminar con todo.

En aquel instante se apagó la luz. La claridad que llegaba del exterior era insuficiente para iluminar la casa, protegida además con gruesos cortinajes en las ventanas. La oscuridad de sus austeros muebles y paredes era otro obstáculo que mermaba visibilidad.

—¡Los plomos! —exclamó Margret—. Están en la cocina. Ha debido cortarlos.

—Quizá se trate de una avería.

—No... No lo creo. Ha bajado, Robert...

—Pues vamos. En la oscuridad tendremos las mismas oportunidades...

Los dos hombres avanzaron. Al llegar al salón la oscuridad era más ostensible. Una penumbra muy discreta que apenas permitía verse lo suficiente para no tropezar con los muebles.

Había un paso que conducía al corredor, con las habitaciones de servicio desocupadas, la cocina y un retrete. Al fondo estaba la escalera interior.

Aquello sí estaba oscuro.

—Hay una puerta de salida en el recodo —murmuró Margret indicando la parte izquierda del corredor— da a un patio y al callejón.

Una débil luz se filtraba a través del recodo, pero era insuficiente para iluminar el corredor.

—No te muevas —susurró Robert avanzando hacia la cocina.

El editor se quedó en medio del pasillo, esgrimiendo el revólver.

La oscura silueta de Robert Malcom se perdió en el interior de la cocina.

El silencio invadió toda la casa durante unos segundos, que al editor le parecieron eternos.

Luego se produjo un ruido propio de cacharros de cocina al caer.

—¿Qué pasa? —gritó Margret, y acudió hacia la cocina.

Del corredor surgió una figura inconcreta que se avalanzó sobre el editor, que intentó sacársela de encima.

En el forcejeo perdió el revólver que empuñaba.

La figura, esgrimiendo algo contundente, le golpeó en el estómago.

Margret lanzó un gruñido y trató de sujetarse a algo, pero cayó irremisiblemente.

Al caer, sus manos alcanzaron el revólver. El bulto de la silueta estaba huyendo a través del corredor.

Margret apretó el gatillo un par de veces, pero a pesar de la corta distancia erró los disparos, porque la figura se esfumó hacia la salida secreta.

Por un instante su silueta se recortó a contraluz. Margret pudo ver —o imaginarlo al menos— que se trataba de un ser velludo, con una cabeza que tenía muy poco de humana.

La visión desapareció en el acto. Pero el editor quedó momentáneamente paralizado.

CAPÍTULO V

Cuando Margret reaccionó y corrió hacia la salida del patio, su agresor había desaparecido ya.

Salió aún con el revólver en la mano. Observó que la verja que daba al callejón estaba abierta.

Asomó a la calle, pero ya no había absolutamente nadie. Avanzó hacia la esquina. Eran sólo unos doce metros. Tampoco apareció nadie. Dio la vuelta completa para llegar nuevamente a la calle Marwell. Al fondo estaba el parque. Las aceras permanecían solitarias.

Pensó en Robert y volvió corriendo por la puerta de atrás, por la misma que había salido.

Apenas entró en la casa escuchó un gemido.

—¡Robert! —llamó.

La luz había vuelto a la casa y Robert apareció por la puerta de la cocina acariciándose la cabeza.

—Me han atizado a base de bien... ¿Has podido detenerlo? Oí disparos.

El editor negó.

—No. Era un tipo extraño. Se están gastando mucho dinero para intentar asustarme.

—Avisa a la policía de una vez y deja ese juego.

—Temo que no me dejen en paz. Deben contar con medios.

—Entonces paga y te dejarán en paz.

Alguien llamó a la puerta en aquellos instantes, y los dos hombres cambiaron una mirada entre sí.

—Bueno. Será mejor que vayas a abrir. Iré yo si quieres —se ofreció Robert.

Mientras Robert se dirigía hacia la puerta sonó nuevamente el

teléfono del salón. Margret se dirigió a cogerlo.

—¿Diga?

En la puerta que había abierto Robert apareció el policía de servicio.

—Buenas tardes. Usted no es el caballero con quien hablé yo antes —dijo el guardia.

—¿Se refiere usted al señor Margret? —inquirió Robert.

El policía asintió recordando el nombre que el editor le había dado en su encuentro con él en el parque.

—Sí. Eso es.

—Está al teléfono. ¿Desea algo?

—He oído un ruido. Me han parecido detonaciones.

—Pase usted, agente. El señor Margret le atenderá enseguida —repuso Robert sin saber qué era lo que debía contestar.

Margret escuchaba la voz del teléfono que le estaba informando de algo nuevo. Era la misma voz que le había llamado antes. La voz del hombre con aspecto cadavérico de la casucha de King Road.

—Escuche atentamente, señor Margret. Este asunto ha escapado de nuestras manos. Y nuestros intermediarios en la venta del *artículo que usted compró*, están fuera de todo control.

—¿Qué significa esta patraña?

—Significa, señor Margret que debe usted tomar precauciones. Su nombre está escrito en el libro de los muertos. Ya nada podemos hacer por usted.

—Si lo que quieren es cobrar...

Pero no pudo continuar. El otro había colgado.

«Nuestros intermediarios están fuera de control», —repitióse el editor mentalmente.

Al volverse vio en el umbral de la puerta a Robert con el policía.

—El agente dice que le ha parecido oír disparos —comentó Robert.

Y el agente estaba mirando precisamente el revólver que Margret al contestar al teléfono había dejado sobre la mesita.

Indeciso, el editor consiguió salir del apuro:

—Sí. Estaba limpiando el revólver cuando vino mi amigo. Sin querer se me disparó, pero no ha pasado nada, agente. Gracias por su celo.

Robert permaneció en silencio. El agente parecía esperar su

refrendo.

—Díselo tú, Robert...

—Pues sí, agente. Ya ha oído a mi amigo. No vaya a pensar que tratamos de asesinamos.

—¿Me deja ver su revólver, señor Margret? —inquirió el policía avanzando con la mano alargada.

—Sí, sí, claro.

Le dio el arma, que el agente examinó con ambas manos.

—Recién disparada.

—Ya se lo he dicho.

—¿Es suya?

—Sí, señor. Y tengo licencia.

—¿Le han molestado por algo, señor Margret?

—No, no. En absoluto —repuso el editor nervioso.

—Está bien —le devolvió el revólver y le aconsejó: Tenga cuidado. Esos chismes a veces traen malas consecuencias.

El agente se despidió. Robert al quedarse a solas espetó:

—¿Por qué no se lo dijiste?

—No, no... Acaban de decirme algo más. Quieren llevar esto hasta sus últimas consecuencias. Esta noche iré a entregarles el dinero. Yo acepté el juego. Ahora quiero llegar hasta el final, pero he tomado mis precauciones.

—¿Piensas pagar las cinco mil?

—Bueno, yo lo acepté, ¿no? En cualquier caso ya te digo que he tomado mis precauciones. Ven...

Se dirigió hacia el despacho. Detrás de un cuadro de la pared tenía una pequeña caja empotrada. La abrió en presencia de Robert y extrajo unos fajos de billetes.

—Los saqué del Banco a propósito. Tengo anotada la numeración de los billetes. Son de una y de cinco libras. Si llega el momento de avisar a la policía será más tarde. No ahora.

—Bien. Eso es tener palabra. La verdad es que si aceptaste... Pero cinco mil libras son mucho dinero. ¿Dónde tienes que llevarlo?

—A la casa de King Road. ¿Querrás acompañarme?

—No me gustan los fantasmas, pero por ti...

—No digas tonterías. Los fantasmas no existen. Todo es una trama muy bien preparada, pero me gustaría saber cómo llegaron hasta mí... y a cuántos han engañado.

—No hay mucha gente dispuesta a comprar «miedo», amigo Vint, pero tú editas cosas así, quizá probaron fortuna. Otros no pican, pero tú picaste.

—Voy a prepararlo todo. Y me tomaré un baño. Lo necesito. Bebe algo si quieres.

—¿No comes nada?

—Sí. No es que tenga mucho apetito, pero siento un vacío en el estómago. Por lo visto llevo casi dos días sin comer.

Cuando Margret salió enfundado en su albornoz, limpio y afeitado, Robert había preparado unos emparedados.

—Confieso que no soy un buen cocinero, pero acepta la buena voluntad. Es todo lo que he encontrado en tu despensa.

—No suelo comer aquí. Normalmente voy al restaurante, pero ahora es mejor damos prisa.

Eran las cinco de la tarde. Había oscurecido.

—Me he invitado yo mismo a comer —dijo Robert tomando uno de los emparedados.

Antes de llevárselo a la boca llamaron otra vez a la puerta.

—¡Vaya! Hoy parece día de recibo —sonrió el joven asesor.

—Ve tú. ¿Quieres?

—Claro. Mientras, prepárame una cerveza.

Cuando Robert abrió se encontró con un hombre joven, desconocido para él. Vestía una gabardina que no lograba abrigarle por completo del frío.

—Perdón... ¿Está el señor Margret? Creo que ésta es su casa si no me he equivocado de número.

—Aquí es, en efecto. ¿Quién es usted?

—Me llamo John Marsh. Soy sobrino del señor Margret.

—¡Oh! Pase usted. Voy a decirle a Vint que está usted aquí. Mi nombre es Malcom.

Robert Malcom, soy amigo de su tío.

Margret apareció en la puerta.

—Hola —titubeó John que acababa de pasar al vestíbulo.

El aspecto del recién llegado no puede decirse que fuera el de un hombre apocado, pero sí más bien que se hallaba en una situación apurada o embarazosa que le intimidaba bastante la presencia de un extraño para exponerla.

Por la forma de hablar de Margret, Robert pudo deducir que las

relaciones entre ambos no eran precisamente muy cordiales.

—¿Qué diablos haces tú aquí a estas horas? —soltó el dueño de la casa—. ¿Y a estas horas?

—He llegado de Bristol este mediodía con Julie. Nos hemos instalado en un hotel.

—¿Y bien? —inquirió Margret sin invitarle a pasar, y mostrando cierta impaciencia.

—Verás, es que... Bueno, sentiría molestarte, pero se trata de un asunto urgente.

—Yo también tengo asuntos urgentes que resolver. Mi amigo y yo nos disponíamos a salir ahora mismo. Lo siento. Si deseas hablar conmigo has elegido mal momento.

Llárame mañana.

—El caso es que... Si sólo pudieras disponer de cinco minutos.

—Ya he dicho que lo siento, John. Robert y yo tenemos cosas importantes que hacer y urgentes. ¿Verdad Robert?

—Sí, es cierto, pero yo creo que podemos esperar cinco minutos.

—Hum... El momento no es el más adecuado. Bien, Robert, prepara tú todo, ya sabes. Está en mi despacho. Ven, John, entra y sé breve, por favor.

Robert les dejó dirigiendo una sonrisa al joven, que pareció más aliviado ante la perspectiva de que su pariente le escuchara.

—Se trata de Julie —empezó el joven.

—¿Qué le pasa a tu mujer?

—No está bien. El médico le ha recomendado una temporada en el campo. Yo ya he buscado cerca de Bristol, pero la verdad es que...

—Dinero, ¿no?

—No... Creo que puede arreglarse sin dinero. La verdad es que yo no puedo pagar un alquiler. Las cosas no me van muy bien y...

—Mira, muchacho, sabes que siempre me ha gustado llamar las cosas por su nombre. Te empeñaste en ser dibujante y te lo dije, hay mucha competencia y gente buena en el oficio que no se deja empujar fácilmente por los jóvenes. Tenías que haberte buscado un buen trabajo y si querías probar fortuna con el dibujo, pues hacerlo a horas libres. ¿No tenías acaso un buen trabajo en una agencia de detectives?

—Era una cosa rutinaria, sin porvenir. Lo mío es el dibujo y si

uno no se dedica a ello todo el tiempo nunca puede concentrarse plenamente.

—Bueno. Eso es cosa tuya. —Y Margret se encogió de hombros como si no le importara en absoluto lo que le pudiera ocurrir al joven.

—No he venido a discutir contigo, tío Vincent.

—No me gusta que me llames tío Vincent. En realidad, no soy tío tuyo.

—Siempre te llamé así.

—El parentesco es más lejano.

—Está bien. Disculpa que te haya molestado. Ya me advirtió Julie que era mejor olvidarte. —John demostró su amor propio herido. No quería verse humillado ni tratado con el tono despectivo que empleaba el editor.

Margret hizo una rara concesión. Después de todo aún tenía un par de minutos para escucharle.

—Bueno, bueno, no he querido ofenderte. ¿Qué querías decirme en concreto?

—No tiene importancia. Al fin y al cabo ni somos parientes.

—Está bien, suéltalo. ¿Qué quieres?

John vaciló. Sólo la necesidad, no para él, sino para su mujer le impidió continuar su camino hacia la puerta. Se volvió.

—En resumen. Tú tienes un par de casas cerca de Londres. Sé que las tienes casi abandonadas, tú mismo lo dijiste. Podrías cederme una por una temporada. Sólo el tiempo necesario para que Julie se reponga. Eso es lo que quería pedirte.

—Hum. Pues lo siento, llegas tarde. Las casas las tengo alquiladas. No puedo complacerte, de lo contrario lo hubiera hecho con mucho gusto.

—Ya... —repuso el joven descorazonado—. Bueno. Gracias de todos modos, y perdona los minutos que te he robado.

—Lo siento, chico. ¿En qué hotel dijiste que te hospedabas?

—No lo he dicho.

—Bueno... Me gustaría ver a Julie.

—¿De veras te gustaría? —sonrió sarcástico el joven.

—No tengo nada contra vosotros...

—Estamos en el Bondy Hotel. Adiós —repuso John con sequedad. El mismo abrió la puerta y desapareció escalera abajo.

Robert salió con una cartera de mano.

—¿Se ha ido tu sobrino?

—Sí. Problemas, problemas... ¡Bah! En realidad no es mi sobrino. Es un muerto de hambre. Si uno tuviera que atender a todo... La verdad es que no he podido complacerle... —Y haciendo una transición inquirió—: ¿Ya está listo todo?

—He puesto el dinero en esa cartera que tenías ahí.

—Voy a vestirme. No tardaré ni dos minutos. ¿Tienes tu coche ahí? —Y recordando algo de pronto exclamó—: Por cierto. ¿Y mi coche? ¿Dónde diablos lo llevaron? —¿No sigues con el azul celeste?

—Sí.

—Pues está ahí. Al otro lado de la acera. ¿No solías dejarlo siempre ahí?

Margret abrió la puerta de la calle, y a través de la luz de los faroles pudo ver oblicuamente el automóvil aparcado. El suyo.

—¡Cielos! Lo han traído hasta aquí. ¡Han sido ellos!

Al ir a cerrar la puerta vio al hombre alto y enjuto que le había estado aguardando en la puerta de su casa. El sujeto tenía la mirada fija en él.

Margret cerró de pronto.

—¡Está ahí! —exclamó.

—¿Quién? —preguntó Robert.

—Uno de ellos. ¡Está ahí!

Robert avanzó y abrió la puerta.

—¿Dónde? —preguntó mirando al exterior.

Cuando el editor quiso mostrárselo, el individuo ya no estaba.

—Debe haberse escondido. Pero te digo que estaba ahí. ¡Lo he visto, Robert, lo he visto!

—Anda, tranquilízate, si esa gente lo que quiere es dinero, ahora van a dejarte en paz. Por esa suma...

CAPÍTULO VI

Se hallaban ya en King Road. Margret conduciendo su propio automóvil se desvió por el sendero que conducía a la casucha.

—Está ahí. A menos de dos minutos —murmuró.

—Está muy oscuro.

—Sí, no me gusta ese sitio, pero está casi deshabitado.

—Menos la casa, ¿no?

—Exacto.

Margret procuró evitar los baches y por fin llegó al lugar donde se había detenido un par de noches antes.

La silueta de la casona se recortaba contra el oscuro cielo. El silencio era tan denso que parecía que podía cortarse. Robert bajó primero con el maletín y echó un vistazo alrededor.

—Vamos —indicó Margret.

Avanzaron uno al lado del otro en dirección a la puerta. Al llegar Margret llamó mientras Robert seguía mirando alrededor.

La llamada no surtió efecto, porque nadie respondió. El editor insistió y Robert dijo:

—Tal vez no haya nadie.

—Es el único domicilio que conozco. Si no están aquí, ¿dónde voy a pescarlos?

Margret probó de empujar la puerta. Era de madera pesada, maciza, estilo rústico, pero bastante desgastada.

La puerta cedió y sus goznes gruñeron al abrirse. Dentro estaba todo completamente oscuro.

Inspiraba un poco de respeto cruzar el umbral, pero el editor tras una ligera vacilación estaba decidido.

Robert le tomó del brazo.

Entraron. Era imposible taladrar la oscuridad ni aun habituando

los ojos a las tinieblas.

El editor sacó una caja de fósforos y encendió uno. La débil llama apenas les permitía vislumbrar el camino a seguir.

—Hay una habitación ahí al lado —dijo Margret, y caminó hacia la sala donde dos noches antes había sostenido la entrevista.

La cerilla se consumió entre sus dedos y tuvo que encender otra. Robert buscó en la pared y alcanzó el conmutador de la luz. Lo accionó y una débil bombilla, colgando de un techo demasiado alto, apenas logró iluminar la espaciosa estancia.

—Al menos hay luz —dijo.

Margret había fijado su atención en la desvencijada mesa, y el par de sillas, y el flexible. Todo estaba tal como lo había visto dos noches antes. Todo excepto el papel. Había una nota impresa sobre la mesa. La nota decía:

«Deje el dinero sobre la mesa, pero no podemos darle ninguna garantía absoluta. Nuestros intermediarios están fuera de control, no obstante, como atención a un cliente, intentaremos por todos los medios conjurar la amenaza que pesa sobre usted. Por supuesto, si no deja el dinero, su suerte está echada...». Robert había leído por encima del hombro de su amigo.

—¿Qué opinas de esto? —preguntó el editor.

—No lo sé.

—Voy a dejar la maleta de todos modos. Seguro que aquel sujeto está escondido en alguna parte.

Se produjo un silencio de un par de segundos. Lo cortó algo que a ambos hombres les pareció sobrenatural.

Un alarido atroz. Un grito que parecía imposible que pudiera surgir de una garganta humana. Se prolongó y retumbó por las desnudas paredes de la casucha que parecieron estremecerse.

¿De dónde había salido?

—Esto no parece una broma —murmuró Robert—. Si tratan de asustarnos apostado a que no tardarán en conseguirlo.

—Es un maldito ardid. Estoy seguro. Tratan de cumplir lo

prometido. Eso ha salido de arriba —y Margret avanzó hacia la puerta.

—Será mejor que lo dejemos —comentó Robert.

—¿Tienes miedo?

—Bueno. ¿No lo tenías tú antes?

—Una cosa es que a uno quieran matarle, pero ahora ya no lo harán. Saben que tienen el dinero. Nos han visto llegar, por tanto saben también que no estoy solo. No... Esto es sólo una broma y las bromas nunca me han dado miedo.

El editor hablaba con decisión. Si en su interior estaba un poco intranquilo, no era tampoco el hombre asustado de aquel mediodía cuando estaba convencido de que querían matarle. Se había repuesto y además no estaba solo.

—Me gustaría saber lo que hay allá arriba. —Y señaló la escalera que arrancaba desde el amplio *hall*.

El silencio era ya absoluto.

—¿Vamos? —dijo, instando a su amigo.

—Bueno. De cobardes no hay nada escrito. Eso dicen al menos, aunque yo pienso que son los cobardes quienes escriben acerca de los valientes muertos...

Comenzaron a subir la escalera. A medida que avanzaban peldaño a peldaño iba desapareciendo la escasa luz del salón.

Llegaron al primer rellano y Robert tanteó la pared en busca de un conmutador. Le costó hallarlo. Estaba al lado de una de las puertas de la distribución.

El rellano quedó muy débilmente iluminado con otra de aquellas bombillas incandescentes de escasos voltios.

La humedad y el abandono se veían por doquier.

Una ojeada bastó a los dos hombres para observar cómo estaba distribuido el rellano. Una puerta, una pared desnuda y un corredor a la izquierda, más bien corto, en el que podían verse otro par de puertas, una a la derecha y otra a la izquierda. Ambas cerradas.

Al fondo del pasillo arrancaba otro tramo de escalera.

—No es muy grande —murmuró Robert.

—Me gustaría saber qué hay detrás de esas puertas.

—La curiosidad nunca ha dado buenos frutos —comentó Robert en tono humorístico.

—Traigo el revólver. He venido prevenido —repuso el editor.

Robert empujó la puerta que tenía más próxima. Fue imposible ver nada del interior. La oscuridad reinaba por doquier. Tampoco bastó el fósforo que encendió el editor.

—Busca el interruptor —pidió Margret.

Cuando Robert dio con él ambos hombres mostraron su extrañeza. Aquella habitación no demasiado bien ordenada tenía un aspecto más habitable. Habían muebles, una mesa para comer, y en un rincón una cocina con estantes. Evidentemente la cocina no estaba en el lugar donde debía, porque la estancia era más bien una sala sin duda transformada para hacer vida común.

Aunque viejo, todo estaba mejor conservado.

—Aquí vive alguien. No cabe duda —comentó Robert.

—Sí... Y me gustaría saber dónde diablos está. Veamos el resto de la casa.

Salieron para meterse en el corredor. Aquello impresionaba más. Sobre todo por el silencio, por la sensación imprecisa de que no estaban solos, de que el peligro podía surgir de cualquier parte, sin avisar.

Robert estaba cerca de la puerta de la derecha y comenzó a girar el pomo.

De pronto un raído seco se produjo en algún lugar. Algo parecido a una puerta que se cierra. Luego un rumor de pasos. Los dos hombres se volvieron.

—¡Ha sido abajo!

Corrieron hacia el rellano. Desde lo alto podían ver parte del *hall*, no todo, pero lo que veían sumido en las sombras, no les permitió detectar la presencia de nadie.

—¡El maletín con el dinero! —exclamó Robert.

Bajaron rápidamente y regresaron al salón.

Todo seguía igual. El maletín sobre la mesa. Excepto una cosa.

—¡El papel escrito! ¡No está! —exclamó el editor—. Yo lo dejé ahí.

Robert abrió el maletín y murmuró:

—Para el que lo haya cogido debía resultar más importante el papel que el dinero. Parece que está todo.

—Bueno, mientras estemos aquí lo llevaré conmigo —repuso el editor. Tomó el maletín y volvió de nuevo a la escalera.

Entonces se fijó por primera vez en la puerta que quedaba medio

oculta debajo de la escalera.

—¿Dónde irá eso?

Se dirigió hacia ella y probó de abrirla.

—Está cerrada.

—Parece la entrada de una bodega —sugirió Robert.

—Bien. Volvamos arriba.

A Robert todo aquello le hacía maldita gracia, pero siguió a su amigo y de nuevo se metieron por el corredor.

Robert abrió la puerta que había intentado abrir antes de oír el golpe seco, y a la luz de una cerilla, ambos hombres comprobaron que se trataba de un dormitorio. La cama estaba hecha, y al igual que la sala convertida en cuarto de estar y cocina, se hallaba en regulares condiciones de habitabilidad.

Tampoco había nadie dentro.

La otra puerta ocupaba una habitación de dimensiones mayores. Tenía una gran cama, pero estaba sin hacer.

—Bueno. Al menos sabemos que aquí vive alguien... y que parece necesitar una sola cama —comentó Robert.

Continuaron por el corredor. Había otra puerta más pequeña y supieron que tras ella estaba el baño y servicios.

Luego comenzaba una escalera de madera que terminaba en un pequeño rellano con una sola puerta.

—El desván —anunció Robert.

—Seguramente.

—Estará cerrado.

—Probemos —dijo Margret subiendo primero. Llegó a lo alto y trató de empujar la puerta. Estaba cerrada.

Escuchó unos instantes.

—¿Oyes algo? —preguntó Robert.

Margret se llevó el índice a la boca recomendando silencio, y siguió escuchando.

—Parece como si... —no terminó la frase.

Se escuchó un ruido como si algo hubiese caído al suelo. Algo encerrado tras aquella puerta.

Robert empezó a subir unos peldaños. El maullido de un gato en el interior del desván pareció disipar las dudas.

—Bueno —dijo el amigo y colaborador de Margret—. Aunque para algunos los gatos sean demonios disfrazados, yo siempre he

considerado a los mininos como seres simpáticos.

El gato maulló de nuevo como si quisiera dar fe de su presencia. Luego ronroneó, como hacen los mininos cuando se encuentran a gusto con algo... o con alguien, pero ninguno de los dos hombres le dio mayor importancia al asunto.

El gato siguió ronroneando.

CAPÍTULO VII

Salieron de la casucha. Antes, Margret, había dejado la cartera de mano sobre la mesa, y posteriormente se alejaron hacia el auto que el editor puso en marcha para alejarse en dirección a la curva situada a un centenar de metros y detenerse.

—Ahora quiero saber lo que pasa. Puede que cuando nos sepan lejos den señales de vida.

Buscó un lugar adecuado para meter el automóvil. Se fijó en unos setos, única vegetación de aquella parte de la zona y condujo hasta ellos para dejar el coche oculto. Luego los dos hombres salieron del vehículo para avanzar unos metros y observar en la distancia. La silueta de la casa estaba a unos cincuenta metros, y desde un desnivel del terreno podían verla bastante bien, con las limitaciones que imponía la oscuridad.

Pasaron algunos minutos. La humedad era cada vez más sensible y la espera no resultaba grata en absoluto para los dos amigos.

A los diez minutos, una ventana de la planta baja se iluminó.

—¿Lo ves? ¡Había alguien! Te lo dije —dijo el editor.

—Estaría en el sótano.

—¡Calla!

Apenas habían pasado otro par de minutos cuando se iluminó una ventana del piso superior.

—Esto más o menos debe ser la sala —comentó Robert.

—Es aquel tipo alto y seco, seguro —musitó Margret a su vez.

La espera continuó.

—¿Qué esperas descubrir exactamente? —inquirió Robert.

—No lo sé, pero no estoy muy seguro que ese tipejo viva aquí. Apuesto a que tomará la maleta con el dinero y se largará.

—No he visto ningún coche.

—Puede que haya un garaje. Creo que sí. En la parte lateral. Debimos haber mirado.

—¿Para qué?

—Bueno, no importa... Si se larga le seguiremos. Quiero saber dónde vive y quiénes son sus cómplices.

Robert guardó silencio, y la espera volvió a prolongarse.

Pasaron otros diez minutos. De pronto la luz del piso superior volvió a apagarse quedando únicamente la de la planta baja.

Cinco minutos más, y la luz que quedaba oscureció también.

La oscuridad exterior impedía ver la puerta, atraque por unos instantes parecía como si alguna sombra se moviera.

Cuando en conjunto llevaban ya cuarenta minutos de espera, Robert sugirió:

—Quienquiera que sea vive ahí y esta noche no saldrá. Las luces se han apagado.

Margret quiso aprovechar el tiempo.

—Quiero ver ese garaje si lo hay. Habrá algún vehículo. ¡Vamos! En la oscuridad nadie nos verá, y ahora nos creen lejos.

Robert, una vez más, siguió a su compañero. Caminaron a pie. Sin luna; costaba trabajo no tropezar con las piedras o caerse ante un desnivel.

Llegaron a un extremo de la casucha y Margret, tanteando la pared tomó por el lateral, siempre seguido de su amigo. Anduvieron hasta el otro ángulo. Desde allí podía verse en la esquina opuesta el saliente del edificio, pegado a la otra lateral.

—Debe ser el garaje —susurró el editor.

Comprobaron que en efecto se trataba de una edificación pequeña, adosada a la casa y apta para encerrar más de un vehículo.

La puerta no estaba cerrada con llave y al empujarla, gruñó ligeramente como si nadie se preocupara en engrasar los goznes.

Siempre, con la más absoluta oscuridad envolviéndoles, pasaron al interior.

Robert tropezó con algo. Un coche. Margret encendió un fósforo y trató de abarcar todo lo posible.

Además del automóvil había una motocicleta. Robert se fijó en la matrícula del coche.

Era de Bristol. La motocicleta tenía rótulo de Londres.

Margret encendió otro fósforo y continuó examinando el recinto.

Robert anduvo unos pasos y tropezó con algo. Sus ojos quedaron inmóviles, fijos en el objeto causante de su tropiezo. La débil llama del fósforo que sostenía el editor, se posó en «lo» que estaba tendido en el suelo.

Era el cuerpo de un hombre.

No se necesitaba hacer ningún examen especial para darse cuenta de que estaba muerto. Incluso era fácil adivinar cómo había fallecido.

El hombre tenía los ojos a punto de saltárseles de sus cuencas. La lengua, retorcida, surgía de su boca entreabierta. Sin lugar a dudas había sido estrangulado.

Quemándose los dedos con la llama del fósforo, el editor se inclinó hacia el muerto.

Tuvo que soltar la cerilla y encender otra.

El cadáver, con el cuello muy estirado, presentaba huellas inequívocas del estrangulamiento de que había sido objeto. Unas marcas profundas indicaban bien claramente el sitio donde el asesino había presionado hasta ahogar por completo a su víctima.

Robert había palidecido, igual que su compañero. Margret había reconocido al muerto.

—¡Es el tipo que me atendió anteanoche!

Robert guardaba silencio, como si su pensamiento corriera raudo en busca de una explicación.

—Tal vez el grito que oímos —añadió el editor.

Robert siguió sin despegar los labios.

—Creo que esto va más allá de mía simple broma. Este hombre está bien muerto.

Robert, casi por instinto, le auscultó el corazón. Naturalmente no latía.

—Vámonos de aquí, Vint... ¡Vámonos de aquí antes de que sea demasiado tarde! —dijo al fin el asesor literario.

CAPÍTULO VIII

Margret y Robert Malcom, pasaron de nuevo frente a la casa. El primero se aproximó a la puerta y trató de abrir nuevamente.

—Yo no lo haría —aconsejó Robert.

—¡Es inútil! —exclamó el editor—. La han cerrado por dentro. Eso significa que hay alguien en la casa.

—¡Vámonos! —insistió Robert—. Hay que pensar bien lo que procede hacer.

Regresaron al automóvil y el director lo puso en marcha, sacándolo de entre los setos, para enfilar el camino vecinal en dirección a la carretera secundaria, alejándose de King Road.

Al aproximarse a un cruce, en medio de la soledad de los prados y de la sempiterna oscuridad, apareció la silueta de un vehículo. Era un poderoso tractor, que salió echándoseles encima.

—¡Cuidado! —advirtió Robert.

El editor maniobró para esquivar la colisión, pero el tractor viró a su vez intentando alcanzar el automóvil de Margret.

Y consiguió darle ligeramente en la parte trasera. La dureza del vehículo agresor hizo que el automóvil de Margret se desplazara hacia la cuneta.

El tractor, cuyo conductor quedaba inédito gracias a la oscuridad, describió una maniobra para continuar empujando el coche. —¡Trata de arrollarnos!— gritó Robert. —¡Date prisa en sacar el coche de aquí!—. ¡No puedo! —exclamó Margret pisando a fondo. Las ruedas resbalaban en la cuneta, negándose a salir del fango.

El poderoso vehículo, con sus zarpas de acero volvía a la carga.

—¡Vamos, inténtalo! —insistió Robert.

El tractor empujaba y el auto comenzaba a inclinarse.

—¡Nos va a tirar! —gritó Robert.

Desesperado Margret abrió la ventanilla para hacer uso de su revólver.

Hizo fuego varias veces, pero con pésima puntería porque el conductor continuaba en lo alto del vehículo.

Robert pisó el pie de su compañero que seguía en el acelerador y accionó el volante a derecha e izquierda.

El coche saltó de pronto hacia adelante, ligeramente tropicado por la presión del tractor.

Por fin consiguieron alejarse del peligro.

—Han tratado de matarnos a los dos —murmuró Robert arreglándose maquinalmente la corbata.

—¡Les he dejado el dinero! ¡Qué más quieren!

—La muerte de ese hombre... —recordó Robert, refiriéndose al tipo esquelético que habían hallado estrangulado en el garaje de la casucha.

—Sí... Eso debe tener algo que ver en lo que dijo que «los intermediarios habían escapado de control». ¿Qué se oculta detrás de todo esto, Robert?

Pero su compañero no pudo responder, pero estaba visiblemente impresionado. Su natural irónico había desaparecido por completo. Era un hombre asustado.

Y el editor, pese a su mayor decisión, también lo estaba, mucho más de lo que las apariencias permitían adivinar.

* * *

Margret tuvo dificultad en conciliar el sueño. Robert se había despedido a la puerta de su casa con el tiempo justo de recoger su coche y marcharse sin hacer ningún comentario. «El también está asustado», pensó el editor.

Mientras se removía entre las sábanas, pensó de nuevo en Robert. El miedo le había entrado, repentinamente, al descubrir el cadáver en el garaje. O tal vez fue cuando aquel desconocido les atacó en la carretera con el poderoso tractor.

Intentaba buscar una solución lógica.

Se repetía que había ido a comprar terror y que le estaban complaciendo con creces, pero, además, las cosas parecían bastante

complicadas y confusas...

El cansancio, la debilidad de los días anteriores, las emociones de más de cuarenta y ocho horas de extraña aventura terminaron por vencerle. Los párpados se le cerraron y al fin consiguió conciliar el sueño.

Pero su subconsciente no le dejó en paz. No podía descansar como necesitaba y aquello en principio le salvó la vida, porque se despertó inquieto con una extraña sensación de ahogo.

A su olfato llegaba un olor característico, dulzón. ¡Gas!

¡Alguien había abierto las espitas del gas!

Se levantó de un salto, sacando fuerzas de flaqueza, pero las piernas le flaquearon y se cayó.

El gas había invadido casi por completo la habitación completamente cerrada.

Buscó a tientas un pañuelo en la mesilla de noche para aplicárselo a la nariz. Trató de contener la respiración para no inhalar más veneno.

La ventana de su alcoba le pareció muy lejana.

Tropezó con una butaca y cayó de nuevo. Tosió con deseos de vomitar todo el tóxico que llevaba aspirado.

Alcanzó por fin la abertura. Abrió de par en par, sujetándose en el alféizar y aspiró a pleno pulmón.

¡Habían intentado matarle! ¡Matarle sin paliativos!

—Tendré... que avisar a la policía y contarles todo —dijo.

* * *

El caso fue escuchado con interés por el superintendente Stodard.

—Una historia muy peregrina —dijo al final el policía—. Pero la investigaremos. No le quepa la menor duda. ¿Querrá usted acompañarnos a esa casa?

Margret pidió el concurso de Robert, que aceptó a acompañarles en su propio coche.

De camino a. King Road y contestando a las preguntas del superintendente del Yard.

Margret admitió que la carta ofreciéndole la venta de «terror» la había recibido por correo ordinario. Que no la conservaba porque

se la había hecho devolver el tipo esquelético posteriormente asesinado.

—No —admitió contestando a otra pregunta—. La nota que encontramos anoche con Robert también desapareció.

—Deme la lista de los billetes que dejó en la casa —pidió el policía.

Siempre de camino, el superintendente recibió una llamada a través del teléfono del coche. Cumpliendo sus órdenes, sus hombres habían comprobado algunos datos. El superintendente escuchó y después de colgar el teléfono informó a Margret.

—En efecto, cerca de Piccadilly Circus un escaparate fue horadado por un proyectil del 22. Y otra cosa. Los hombres que usted describió y que le perseguían en el almacén son empleados. Trabajan allí. Es lógico que le persiguieran. Le creían a usted un ladrón. Por cierto existe una denuncia por haberles robado el camión. Claro que eso podrá arreglarse.

—¡Yo vi a esos hombres en el callejón! ¡Me cerraban el paso! —protestó el editor.

—Bueno. Estaba usted excitado. Llegó a creer que todo el mundo le perseguía.

—¿Y el tipo que estaba en la puerta de mi casa cuando regresé? ¿Y el del tractor? ¿Y lo del gas?

—Todo eso se averiguará, señor Margret. ¡Ah! Ésa debe ser la casa, ¿no? —Y el superintendente señaló al exterior donde se divisaba la silueta de la casucha.

—Sí, aquí es.

—Bien. Esperemos que no haya complicaciones.

* * *

Las complicaciones empezaron cuando la policía no encontró el menor rastro del cadáver. Tampoco aparecía el automóvil matrícula de Bristol, pero sí la motocicleta.

Las manchas de aceite esparcidas por todo el lugar indicaban el pasado establecimiento de vehículos, sin poder precisar a simple vista cuánto tiempo llevaba el garaje sin albergarlos.

Un sargento había llamado a la casa de la cual apareció un hombre alto, corpulento, de unos cincuenta y tantos años y que

lucía una notable barba.

Su aspecto no era precisamente el de ningún vagabundo. Sus ropas de buen corte y mejor tela estaban un poco usadas, pero daban fe de la elegancia de su portador que parecía tratarse de un individuo venido a menos. Pero digno.

—Soy el doctor Doolatery. Walter Doolatery. ¿En qué puedo servirles?

Margret y Robert cambiaron una mirada. ¿Qué significaba la presencia de aquel hombre en aquella casa?

—¿Vive usted aquí? —inquirió el superintendente.

—Siempre he vivido aquí, señor. Soy médico, aunque no ejerzo, excepto en casos muy urgentes. La verdad es que estoy retirado. Investigo, estudio. Nuestra profesión, diga lo que se diga, está en pañales. Sabemos tan poco aún... Todo cuanto se estudie es apenas nada y la vida es demasiado corta. Pero pasen ustedes, mi casa está un poco descuidada, mis ingresos no dan para más.

Cuando los policías, el superintendente, el sargento y dos agentes, junto con Margret y Robert entraron, todo estaba igual. Las paredes desconchadas, la bombilla colgando del techo del *hall*.

—¡Era ahí! —indicó Margret señalando el antiguo salón de la casa, cuya puerta estaba cerrada.

—Ahí no hay nada —repuso rápidamente el doctor—. La casa es demasiado grande y vivo solo en ella.

—Yo estuve ahí. Había una mesa de despacho y un par de sillas —insistió Margret, mirando al médico con recelo.

—¿Quiere abrir esa puerta, por favor? —pidió el superintendente.

El doctor obedeció sin hacer ningún comentario.

El salón estaba completamente vacío.

—Aquí no hay nada —murmuró el policía.

—¡Ya se lo he dicho! —repuso Doolatery, fríamente.

—¡Había una mesa! —insistió Margret perdiendo el aguante.

El superintendente midió con sus pasos la estancia.

Unos ocho metros de largo por cinco de ancho. Completamente vacía y con muestras visibles de un total descuido.

Doolatery rompió el silencio para indicar:

—Yo vivo arriba. Si quieren subir tendré mucho gusto en mostrarles mis habitaciones.

Arriba, tanto Margret como Robert vieron las mismas cosas de la noche anterior. La estancia convertida en sala de estar y cocina, los dormitorios tal como estaban el día antes, el cuarto de aseo.

—Sólo utilizo un dormitorio. Ya les he dicho que vivo solo —explicó el médico.

—Hay un desván. Está al final de esa escalera —dijo Margret.

—Cierto...

—Por favor —cortó el superintendente—. ¿Usted conoce al señor Margret, le había visto antes de ahora, doctor?

—No —admitió el que decíase propietario de la casa.

—Entonces ¿cómo se explica que conozca también su casa? —preguntó el policía sin ninguna emoción.

—Bueno. No sé si la conoce muy bien. A simple vista es fácil adivinar que esa escalera va a un desván.

—El señor Margret ha demostrado conocer el emplazamiento de las habitaciones.

—También hay una explicación para eso, señor —replicó el doctor, impertérrito.

Todos esperaron la explicación.

—Ya les he dicho —siguió Doolatery— que mis medios son escasos. A veces alquilo esta casa por temporadas. Tengo un pequeño sótano que es donde trabajo. Dispongo de una cama y de lo necesario para vivir. Puedo pasarme semanas enteras sin salir. Cuando tengo inquilinos raras veces les molesto. Quizá alguno de esos inquilinos haya invitado al señor Margret.

—¡Eso es falso! Yo recibí una carta. ¡Me citaron aquí! Por nada del mundo viviría en esta casucha.

—Lamento que no le guste —repuso Doolatery—. Si tuviera dinero haría una buena reforma. En fin, ya he dado mi hipótesis sobre el incierto conocimiento que de mi casa tiene el señor Margret.

Había nacido una mutua antipatía entre los dos hombres. Margret no se daba por vencido.

—Está mintiendo, superintendente. Anoche dejé una maleta con cinco mil libras. ¿Dónde están?

El doctor no se inmutó. Parecía no haber oído nada. Fue el policía quien cortó la tensión actuando como juez de paz:

—Cálmense, por favor. Dígame, doctor Doolatery. ¿Cuánto

tiempo hace que ha alquilado usted su casa por última vez?

—Ocho meses poco más o menos. Tuve a una familia durante las vacaciones de verano. —¿Y más recientemente?

—No, señor. Desde julio pasado no ha venido nadie más por mi casa. El señor Livesey de la tienda podrá informarles. El hace de intermediario a veces. Ya he dicho que yo salgo poco. Tengo algunas provisiones. El señor Livesey calcula más o menos lo que pueden durarme y él mismo me trae las cosas a menudo, sin que yo tenga que ir. Insisto en que le vean a él.

—Bien, iremos —aseguró el policía—. Ahora, veamos primero ese desván.

—Guardo cosas viejas. Recuerdos y trastos inservibles. Ahí está la llave —y tendió una llave al superintendente.

—¡Y un gato! ¡Anoche había un gato! —insistió Margret.

—Es posible —admitió el médico—. Hay alguna abertura que da al exterior.

El desván era bastante amplio y tal como había informado Doolatery estaba cubierto de diversos objetos, libros viejos, un par de cómodas con cajones repletos de cosas...

Olía bastante mal y no faltaban excrementos de gatos como para confirmar lo que había dicho Margret.

Los agujeros del exterior, situados casi en el techo permitían la entrada a los felinos a quienes bastaba deslizarse por la comisa. Aparte de ello facilitaba una cierta ventilación a la maloliente estancia.

En la pared unas argollas empotradas servían para colgar cestos de pesca ya en mal uso y cuerdas, etcétera. En general allí había todo lo que uno espera encontrar es un desván.

La siguiente visita fue para el sótano.

Doolatery mostró un modesto laboratorio, una mesa de trabajo, un horno al fondo que hizo cambiar una mirada de inteligencia entre Margret y Robert.

El editor parecía querer decir:

—¡Ahí han quemado a la víctima!

El superintendente quiso examinar el horno.

—Apenas lo enciendo —explicó el médico—. Sólo en años de mucho frío. Es la caldera para la calefacción.

El superintendente echó una ojeada y olió. No daba la sensación

de haber sido encendido recientemente.

Al otro lado se encontraban los estantes con botellas vacías, pertenecientes a una bodega extinguida que parecía haber albergado buenos caldos.

Un estrecho corredor conducía a una puerta.

—¿Y eso?

—La casa es antigua. Se trata de una salida de emergencia. Hace siglos que no se usa.

En realidad ni siquiera sé dónde está la llave.

—¿Dónde da esa salida?

—Al antiguo sendero. Está algo más bajo. Es un camino intransitable. Si dan la vuelta lo verán. Pero tengan cuidado. Delante de la puerta hay un pozo muerto. Lo habría mandado tapar en caso de serme de utilidad esa salida, pero ya les digo que no la uso.

El superintendente dio por terminada su momentánea inspección ocular.

—Tendré que volver. Comprenderá que tengo una denuncia —dijo al despedirse.

—No será contra mí —repuso Doolatery.

—En principio es contra la casa. Por cierto. ¿No oyó nada anormal anoche, doctor?

—Pasé casi toda la noche en el sótano. Es muy difícil oír lo que sucede fuera de esos muros. Pueden ustedes mismos comprobarlo.

El superintendente se aproximó al sargento. Le dijo unas palabras en privado y el suboficial subió la escalera para llegar hasta la planta baja y cerrar la puerta.

—Silencio, por favor —pidió el superintendente.

Callaron todos.

Al cabo de un par de minutos el policía gritó:

—¡Está bien, sargento, baje!

La puerta siguió cerrada. El sargento continuó sin aparecer.

Subieron todos arriba. La comprobación había sido un éxito, dando la razón a Doolatery.

—Le he llamado dos veces, señor —dijo el suboficial.

—Yo también, sargento. No nos hemos oído. Evidentemente desde aquí no se oye nada.

La comitiva salió de la casa. Margret protestó:

—No irá usted a creer a este hombre. ¡Tengo un testigo! Robert Malcom iba conmigo.

—Cálmese, señor Margret. Ya ve que estamos investigando.

—Debería hacer vigilar esta casa.

—Conozco cuál es mi deber, señor Margret. Yo no le digo a usted cómo debe llevar sus negocios editoriales, ¿verdad?

—No, claro, pero...

—Mire, señor Margret... Toda esa historia es un poco extraña. Ya desde el principio.

¡Comprar terror! Admítalo usted mismo.

—Lo he reconocido desde el primer momento, superintendente, pero...

—Por otra parte su amigo, colabora con usted, ¿verdad?

—¿Qué insinúa, superintendente?

—Nada, nada —sonrió el policía.

—¡Habla, Robert! Di la verdad. Di que no lo hemos inventado.

Robert murmuró:

—Mi amigo tiene razón, señor, pero es lógico que esta historia le parezca extraña. Yo... Quiero decir que hasta a mí que la he vivido en parte, me cuesta creerla.

* * *

Margret y Robert fueron invitados a regresar, mientras la policía seguía sus informes, en dirección a la pequeña zona comercial del distrito.

Lo que nadie pudo ver, cuando el doctor Doolatery cerró las puertas de la casucha es lo que sucedió en el interior.

El médico regresó al sótano. Se dirigió hacia el horno y abrió la portezuela. Metió la mano en el interior y pulsó un botón. La lámina metálica del fondo se corrió hacia arriba dejando al descubierto una oscura cavidad.

—¡Vamos, sal! —dijo entonces Doolatery.

De la oscuridad salió un murmullo ininteligible.

El médico fue hacia su mesa de trabajo. Del último cajón extrajo un látigo que tenía plegado y volvió a la boca del horno para repetir la orden:

—¡He dicho que salgas, maldito! ¡Sal de una vez!

CAPÍTULO IX

Los informes que el superintendente obtuvo acerca del doctor Walter Doolatery fueron poco menos que excelentes.

Era persona que residía en el lugar desde hacía más de veinte años. Viudo y sin hijos, vivía solo y en algunas ocasiones había alquilado la casa.

Algunas veces, en casos de emergencia y cuando el titular se hallaba ausente había atendido a algún enfermo con notable acierto. Algunas veces le habían pedido que ejerciera normalmente su carrera, pero la respuesta de Doolatery fue siempre la misma.

«Tengo demasiado que aprender».

Su carácter taciturno, frío, carente en apariencia de emociones, era normal en él. Pero aparte de ello nadie pudo decir nada en contra.

—Bien, señor Margret —dijo el superintendente que había citado al editor—. ¿Insiste usted en su denuncia?

—¡Claro que insisto en mi denuncia! ¿Acaso cree usted que he inventado esa historia?

—¡Oh, no! Digamos que a veces en la forma de relatar los hechos existe una, llamémosla desviación. No me interrumpa. No es nada hecho a propósito. Sólo que cada cual ve las cosas a su modo.

—Mi dinero ha desaparecido... Han intentado matarme.

—Han transcurrido un par de días desde que comenzamos a investigar... ¿Han vuelto a atentar contra su vida? —preguntó el policía.

Margret tuvo que admitir que no.

—Bien... Tampoco queda muy claro que lo intentaran antes.

—¡Le he dicho que sí! El balazo en la luna del escaparate...

—Sí, sí —cortó el del Yard—. Todo está muy bien. Pero no

prueba que fuera dirigido a usted. Tal vez un loco con ganas de romper un cristal... Ya hemos comprobado que los del almacén cumplían con su obligación, por otra parte el que un coche se le echara encima y estuviera a punto de atropellarle tampoco es una prueba. Hay mucho conductor imprudente en estos tiempos y muchos peatones que cruzan sin mirar. Usted salía de un *shock* tremendo.

—Admite al menos que me habían narcotizado.

—No puedo admitirlo y lo siento. Usted pudo tener una pesadilla. Existen pesadillas que dejan una huella profunda. Que parece que las hayamos vivido. Y nos obsesionan.

—Por Dios, superintendente. Soy un hombre equilibrado. Pregunte.

—Vive usted entre historias fantásticas. Lee porque es su obligación hacerlo, relatos de terror, cosas inverosímiles tramadas por la mente de unos escritores que sirven al público lo que pide... Forzosamente tiene que soñar con ello.

—No soy un visionario —espetó Margret—. Sé dónde terminan los sueños y dónde empieza la realidad.

—Bien, de acuerdo. Usted lo dice, pero aquí necesitamos pruebas.

—Lo de anoche... —insistió Margret.

—Lo del tractor no lo hemos podido averiguar, pero bien pudiera ser que huyendo de aquella casa que les impresionó creyeran que se les echara encima.

—¡Hay huellas en mi coche!

—De acuerdo. Un accidente.

Margret sonrió con agresividad.

—Vaya —exclamó—. Para usted todo es perfectamente explicable.

—Todo... Incluso que usted «comprara terror».

—Sí. Eso lo estropea todo, ¿no?

—No, señor Margret. Ya ve que le hemos tomado en serio. Pero ese cadáver no aparece. El terreno ha sido rastreado con perros especialistas. No hay nadie enterrado en las proximidades de aquel lugar.

—En cuanto al dinero —siguió el policía—, sabemos que suele usted sacar sumas importantes.

—Juego de vez en cuando. Me gusta jugar fuerte.

—¿Y esta vez jugó con el terror?

—Acabemos. ¿Lo admite o no?

—Estoy dispuesto admitir que le estafaron cinco mil libras esterlinas. Y hasta puede que utilizaran aquella casa. Llego hasta ahí. Lo admito porque parece cierto que el doctor Doolatery pasa semanas encerrado en su sótano y desde allí no oye nada. Eso puede saberlo cualquiera qué se decidió a utilizar la casa para estafarle. Digo que lo admito, no que lo acepte. En cualquier caso usted tomó la numeración de los billetes. Unas listas han sido repartidas en los puestos que hemos creído más convenientes. Si su versión es auténtica, tarde o temprano desenmascaramos al autor de la estafa. Más no puedo decirle.

—¿Abandona, pues, el asunto? —inquirió el editor.

—No he dicho eso. Confíe en nosotros, señor Margret y por favor, serénese. Si intentan matarle de nuevo, avísenos.

El policía daba ya por terminada la entrevista.

Ambos hombres estaban en pie. Antes de abandonar el despacho, Margret lanzó una pregunta.

—¿Y a mi amigo Robert Malcom, tampoco le creen ustedes?

—Tengo una citación con su amigo esta tarde —repuso el policía. Luego amablemente le indicó el camino de la salida.

Cuando el superintendente Stodard quedó solo, llamó a su ayudante para pedirle:

—Llama a Robert Malcom. Cítale para dentro de media hora. —
Sí, señor.

* * *

—Ya está. Puede izarlo —gritó el capataz de los trabajos.

La grúa se puso en marcha a orillas del Támesis. Las cadenas que sujetaban el objeto a rescatar se tensaron y poco a poco apareció el automóvil.

El superintendente Stodard y el sargento observaban la operación con interés.

El auto fuera ya del agua, fue conducido por la grúa a la orilla.

En el interior estaba el hombre caído sobre el volante.

Era Robert Malcom, el colaborador de Margret en la asesoría

literaria de su editorial.

Stodard se aproximó al cadáver que había caído al abrir la portezuela del vehículo.

—No toquen nada —ordenó—. El coche al laboratorio y la víctima al gabinete. Dense prisa.

—¿Me permite? —sonrió un hombre bajito y enjuto que vestía oscuro y se cubría con un sombrero muy inglés.

—Oh, sí, doctor. Su primera impresión puede ser muy importante.

El hombrecito era el forense que en aquel caso no necesitaba confirmar la muerte de Robert Malcom sino dictaminar de *visu* las causas de la muerte.

—Inmersión, desde luego... —dictaminó *a priori*.

—¿Cuándo calcula que ocurrió? —preguntó el superintendente.

—Pues... Es difícil, pero yo diría que anoche. Esta madrugada a lo sumo. Lo sabremos con mayor exactitud después...

—Pues se lo cedo, doctor. Espero su informe cuanto antes —repuso el policía.

* * *

El dictamen más aproximado fue que Robert Malcom había fallecido más o menos entre las 5 y las 6 de la madrugada de aquel mismo día.

La autopsia reveló un estado de etilismo que podía haber sido la causa de que la víctima se despistara conduciendo y se precipitara por aquella zona del río, a las afueras de la ciudad, carente de protección.

—No hay señales de violencia —terminó Stodard, leyendo el informe a su ayudante.

—¿Accidente? —inquirió éste.

—¿Tenemos pruebas de lo contrario? —sonrió Stodard.

—¿Por qué se emborracharía?

—¿No se ha emborrachado usted nunca? —sonrió Stodard.

—Estando de servicio, jamás. El tenía una cita con nosotros. No debió beber.

—La tenía para esta tarde, pero la borrachera al parecer la pilló anoche, amigo mío. Y Stodard quedó pensativo bajo la luz del

flexible de su mesa de trabajo.

* * *

Cuando Margret caminaba tras el féretro de su compañero, en su mente había germinado ya la idea que pensaba poner en práctica.

Después de que Robert Malcom fue sepultado, Margret, recordó «su propia experiencia».

El superintendente le había insinuado la posibilidad de una pesadilla, pero él estaba convencido de que aquello había ocurrido de «verdad» y hasta tenía una vaga idea de cómo podía haber ocurrido...

Sintió un escalofrío al pensar que él, estando vivo, había sido igualmente cubierto de tierra como su amigo lo estaba ahora.

«Le han asesinado —pensaba ya de regreso al volante de su coche—, le han matado porque sabía demasiado... y quizá intenten hacerlo conmigo..., de modo que parezca un accidente».

Su cuerpo fue sacudido de nuevo por un escalofrío. La muerte era lo único capaz de causarle horror.

Ya en Londres recordó el nombre de cierto hotel. El Bondy.

Era donde su sobrino lejano le había dicho que se hospedaría. Allí se dirigió Margret.

CAPÍTULO X

—Ahora ya conoces lo que deseo exactamente —concluyó Vincent Margret.

John Marsh había escuchado la proposición del editor. Le había dejado hablar hasta el final. Luego comentó:

—¿Y estás seguro de que ese doctor Doolatery me alquilará su casa?

—Tienes que ir tú a cierta tienda. Ya te daré las señas. El tendero te indicará la casa. Tú debes fingir simplemente que buscas una casa módica. Explica lo de tu mujer. En fin, en eso puedes decir la verdad. Todo, menos que soy yo quien te mando.

—Sí. Ya he comprendido. A cambio del alquiler que tú pagarás, yo debo intentar descubrir cierto misterio.

—Exacto.

—Pregunto si puede haber algún peligro —repuso el joven—. Piensa que Julie necesita descanso.

—No puede haber ningún peligro si tú sabes llevar las cosas bien. Estuviste en una agencia de detectives y eres dibujante. Ambas cosas, a su modo, precisan de un carácter observador. Tú tienes ese carácter. Y Doolatery jamás podrá sospechar que le espías. El hecho de que vayas con tu mujer que está delicada, será una prueba de que sois un par de ciudadanos corrientes.

Ante el silencio del joven, Margret añadió:

—Todo tiene que ser normal. ¿Comprendes?

—Sí, sí... Pero... Pero me gustaría conocer más detalles.

Margret le había explicado el asunto por encima. Le había dicho lo de la posible estafa, lo de la cartera con el dinero y nada más. Había omitido el asesinato del tipo esquelético y otros detalles para no impresionar demasiado a John, no por él, sino por el hecho de

tener que llevar a su esposa, a la que lógicamente no querría exponer a ningún peligro declarado.

Aparte de ello le ofreció:

—Además de tu estancia, te daré... pongamos mil libras si consigues desenmascarar qué se oculta tras ese médico de guardarrotería.

Mil libras era una buena suma nada desdeñable, por otra parte John necesitaba para su mujer la tranquilidad del campo y la idea de ganar dinero sin que se lo regalaran, y sólo por una investigación que en principio no le pareció nada difícil, se decidió a aceptar.

—Hoy mismo iré a King Road. Y no te preocupes. Nadie conocerá nuestro parentesco —asintió.

* * *

John detuvo su modesto coche frente a la tienda de Livesey. En King Road aquel establecimiento era una especie de supermercado. Allí se podía adquirir todo en un espacio verdaderamente reducido.

Dentro del local existía un departamento a modo de taberna, donde podía tomarse cerveza, *whisky* y otros licores.

Livesey, hombre dicharachero y campechano, no tuvo ningún inconveniente en indicar las señas donde podían complacer la petición de John. En realidad por las estudiadas explicaciones del joven, sólo había un lugar donde podrían alquilarle lo que él deseaba: La casa del doctor Doolatery.

John continuó su comedia en casa del médico.

Doolatery, mientras el joven explicaba cuáles eran sus deseos, le examinaba discretamente.

—¿De qué padece su esposa? —quiso saber el dueño de la casa.

—No está muy claro, doctor. Es una enfermedad congénita. La sangre.

—¿Leucemia?

—¡Oh, no! Gracias a Dios, no. Hematías. Le faltan. ¿Comprende? Glóbulos rojos. Está muy por debajo de la media. Necesita sobrealimentación y reposo. Pero ¡qué le digo a usted! Si es médico.

—Sí, sí... Son enfermedades engorrosas sobre todo para el paciente. Aquí puede tener tranquilidad. ¿Quién dice que le recomendó?

—Nadie. Estaba buscando una cosa conveniente y pregunté en la única tienda. Los tenderos a menudo saben esas cosas. El me guió hasta aquí.

—Bueno... Concretaremos el precio... Lo haremos por meses. Sólo que, si le conviene, tendrá que darme un anticipo para que adecente un poco la casa. Es decir, el piso de arriba. Lo de abajo para arreglarlo se necesitaría mucho dinero y usted no puede gastarlo. Para dos creo que será suficiente. Venga, se lo mostraré.

* * *

Doolatery pidió un par de días a John para poner en condiciones la casa y llamó a una mujer para que limpiara la vivienda del piso superior.

La que solía venir otras veces no estaba disponible y le mandaron otra asistenta.

La mujer limpió todo a conciencia y trató incluso de entrar en el desván por si había algo que poner en orden.

Al encontrarlo cerrado buscó la llave en la sala de estar donde había visto otras que correspondían a armarios y puertas generalmente abiertos.

Con las llaves subió para probar cuál de ellas abría el desván. Al intentar abrir escuchó los maullidos de un gato y murmuró para sí:

«Pobrecito... debió quedar encerrado... No grites, minino, te sacaré de ahí...». Debe ser terrible que a uno lo encierren, ¿verdad?

Probó otra llave y creyó escuchar un murmullo que era imposible que saliese de la garganta de un gato.

Escuchó, pero ya no oyó nada más y probó de abrir con una tercera llave.

Doolatery estaba en el sótano sentado en la mesa de trabajo examinando unas fórmulas. En unas probetas, la combinación de unos ácidos, expulsaba un vapor verdoso.

La asistenta probó con la cuarta llave y creyó advertir que la cerradura cedía.

No era ciertamente la llave del desván, pero debía tener un dentado muy similar porque forzándola un poco, el cerrojo iba girando. El gato volvió a maullar con más violencia.

—Voy a sacarte de aquí, minino —dijo la mujer.

Al fin consiguió que la cerradura quedara libre. Dejó la llave en el agujero y abrió la puerta, que gruñó ligeramente.

—¿Dónde est...? —empezó, pero se interrumpió casi al mismo tiempo que de su garganta surgía un grito.

Los ojos de la mujer se agrandaron como platos, amenazando con salir de sus cuencas. Gritó de nuevo, mientras retrocedía:

—¡No! ¡NOOOO...!

Alguien se movía frente a ella. Alguien surgido de la penumbra del desván taladrada únicamente por los agujeros de la pared que introducían pequeños rayos de claridad procedentes del exterior.

—¡No! —volvió a gritar la asistenta.

En su retroceso, la mujer chocó con la cintura en la barandilla del rellano. Se echó hacia atrás intentando protegerse de «algo» o de «alguien».

Se dobló tanto que no supo aguantar el equilibrio y cayó en extraña voltereta.

La altura hasta el piso inferior no era mucha y el mismo miedo hizo reaccionar a la mujer, que se incorporó ante la visión de algo inconcreto que le erizaba los pelos y la mantenía en un constante escalofrío de terror.

Corrió para alcanzar la escalera principal y comenzó a gritar:

—¡Doctor! ¡Doctor!

Las piernas le fallaron. La caída le había producido serias contusiones de las que se había sobrepuesto gracias a sus ansias de escapar.

—¡Doctor! ¡Socorro!

Llegó a lo alto de la escalera principal.

Tras ella una respiración jadeante, unos pasos que se arrastraban sobre el *parquet* del piso.

—¡Socorro! —volvió a gritar.

A través de la puerta del sótano, entreabierta, Doolatery creyó escuchar aquellos gritos que llegaban hasta él ligeramente velados.

La mujer trató de bajar los escalones. Su debilidad por los golpes recibidos en la primera caída hicieron fallar sus piernas. Sus rodillas se doblaron y además tropezó con el cubo que había dejado allí mismo.

—¡Aaaah! —Lanzó un alarido al verse sin equilibrio. Luego su cuerpo comenzó a rebotar contra los escalones, hasta llegar al final.

Allí quedó inmóvil.

Doolatery asomó en aquellos momentos. Miró la mujer y luego volvió los ojos hacia arriba.

Su expresión se endureció. Llevaba un látigo en la mano y gritó:

—¡Fuera! ¿Cómo has salido? ¡Arriba! ¡Vamos! No me obligues... ¡Arriba!

Empuñó el látigo y comenzó a blandirlo, mientras pasando por encima de la mujer, subía haciendo retroceder a... «alguien».

* * *

La mujer había muerto.

El médico titular, acompañado de un par de agentes del puesto local, examinaron el cadáver.

—Debió resbalar. De lo contrario, no me lo explico —dijo Doolatery—. Cuando subí de abajo ya no pude hacer nada.

Por supuesto bastó una breve inspección. El cubo del agua, el rastro de sangre desde los primeros escalones de arriba, dejado por la mujer a consecuencia del primer golpe incisivo recibido en la caída, en fin, todo catalogó lo sucedido como un accidente casual.

La marca del golpe fue recibido en el último peldaño era bien patente. El saliente coincidía con la herida. Y estaba manchado de sangre.

Posteriormente, los hematomas de su cuerpo eran los lógicos en una caída casual.

Porque realmente nadie la había empujado. Excepto su terror.

Todo quedó solucionado y Doolatery murmuró:

—Procuraré que mis nuevos inquilinos no se enteren. Esas cosas siempre impresionan. Y la esposa del joven que va a vivir aquí está delicada. De cualquier modo, si surge algún problema, saben que siempre estoy a su disposición.

La noche anterior a la llegada de John Marsh con su esposa, el doctor Doolatery subió al desván que volvía a estar cerrado. Comprobó personalmente que ninguna otra llave podía abrir aquella puerta. Luego abrió con la suya y desde el umbral, siempre con el látigo en la mano, se dirigió a alguien que permanecía oculto en un rincón. Un gato maullaba acariciado por algo o por alguien.

Doolatery avanzó un poco más y murmuró:

—Ahora tengo dinero, pero no puedo empezar a gastarlo. La gente se fija mucho en estas cosas. Tengo que esperar... Por eso he admitido a esos nuevos huéspedes... ¡Pero qué te estoy diciendo! Tú eres incapaz de comprender nada. Eres... —No continuó, esgrimió el látigo y golpeó el suelo.

—Escúchame bien —añadió—. No quiero tener problemas. ¿Entiendes? No quiero tener problemas contigo.

Avanzó un poco más y golpeó en alguna parte que no era el suelo precisamente.

Alguien emitió un gruñido ininteligible. El gato pegó un salto y escapó hacia un rincón.

Doolatery volvió a descargar el látigo y se produjo un leve quejido.

—Ya estás advertido. ¡No quiero complicaciones!

Salió cerrando nuevamente la puerta con llave y asegurándose de que no podía ser abierta.

Guardó la llave y descendió el tramo de escaleras. Luego su mirada, fija en algo inconcreto se hizo persistente. Doolatery estaba pensando algo. Algo importante para él. Tras la puerta del desván, el gato maullaba complacido.

CAPÍTULO XI

Los Marsh llegaron ante la casa.

—No tiene muy buen aspecto —dijo John a su esposa—, pero la vivienda no está mal.

No he podido encontrar nada mejor.

—Es igual —murmuró Julie.

A cualquiera le hubiese producido una profunda pena ver a una muchacha tan decaída en lo mejor de su edad, veintidós años tal vez.

Aún víctima de su delicado estado de salud, no podía ocultar un carácter resolutivo.

John la ayudó a salir. Doolatery les esperaba en la puerta.

—Bienvenidos. Espero que lo hallen todo a gusto. —Y de una ojeada profesional examinó el aspecto de la mujer—. Encantado, señora Marsh. Aquí hallará la tranquilidad que necesita. Y si alguna vez puedo servirla en algo... En fin. Su marido ya conoce la casa. Yo no les molestaré. No me verán en absoluto, excepto que me necesiten. Para ello hay un timbre que conecta directamente con mi sótano. Está en la sala... ¡Ah! Quiero hablarles del desván. —Hizo una pausa y añadió—: Ustedes no van a necesitarlo y yo guardo algunas cosas. Está cerrado. Supongo que no les importará.

—En absoluto —sonrió John.

—Bien, si oyen maullar a un gato no crean que lo tengo emparedado. Se cuelan fácilmente por los canelones del tejado. Si les molestan los gatos...

—No, señor Doolatery —adujo la joven esposa de John—. Y gracias por todo. Mi marido me ha dicho que le ha hecho usted un buen precio.

—Todos nos necesitamos, señora Marsh... Buenas noches. Les

deseo una feliz estancia.

Doolatery desapareció tras la puerta del sótano. Julie murmuró:

—Podíamos haberle dicho que comiera con nosotros.

—Es un hombre muy especial. No quiere molestar. Además, sabe que estás enferma. Anda, vamos.

Escalera arriba, John en su doble misión de inquilino y detective, pensó en el desván cerrado.

No había dicho absolutamente nada a su esposa de las condiciones con las que había alquilado la casa. No quería intranquilizarla en absoluto, por tanto, todo lo que lograra averiguar tenía que guardarlo para sí para informar posteriormente a Margret.

Siguió pensando en el desván.

Interiormente se dijo:

«Esta noche le echaré un vistazo».

* * *

Julie estaba ya dormida. Habían estado hablando. Ella pensaba en el esfuerzo económico de su esposo, él había intentado tranquilizarla hablándole de un nuevo trabajo que pensaba cobrar.

Volvió a la habitación de la cama grande, para comprobar que Julie seguía dormida, y seguidamente decidió dirigirse al desván.

Era el único sitio cerrado y el más apropiado para una primera investigación.

Subió lentamente la escalera que conducía hasta la puerta de entrada.

Al llegar al rellano superior se volvió. Todo seguía en silencio. Pensó que el doctor seguiría abajo trabajando. Aquella casa tenía bastante resonancia, sobre todo porque la planta baja carecía de muebles. Estaba convencido de poder percibir el menor ruido que indicara una problemática aparición de su dueño.

Se acercó a la puerta y comprobó que efectivamente estaba cerrada.

Intentó forzarla, pero la madera era resistente. Buscó un cortaplumas de su bolsillo a fin de obligar a la cerradura.

Un gato soltó un maullido tras las paredes. Instintivamente, John sacó el cortaplumas de la ranura y sonrióse de su propio

sobresalto.

«¡Bah! —pensó—. Es sólo un gato».

Volvió a introducir la delgada hoja del cortaplumas forzando el pestillo incrustado en el cerradero.

Intentó moverlo ligeramente, pero unos repentinos pasos en la planta baja le indicaron que la remota posibilidad de la presencia del doctor se había producido ya.

Rápidamente intentó quitar el cortaplumas que le quedó prendido en el pestillo.

Los pasos seguían avanzando. John tiró con más fuerza maldiciendo interiormente la presencia de Doolatery.

El médico estaba ya cerca del rellano y John consiguió extraer la pequeña e improvisada herramienta. La guardó y bajó rápidamente.

El médico apareció en el corredor y miró hacia el improvisado salón, cuya luz estaba apagada.

Se volvió y entonces vio a John, que fingió salir del cuarto de baño.

—Buenas noches, doctor. Creí que estaba usted trabajando. Yo iba a acostarme —dijo John avanzando hacia él.

—Estaba trabajando, en efecto —repuso el dueño de la casa—, pero pensé que debía preguntarle algo. ¿Descansa ya su esposa?

—Sí, doctor.

—Bueno. No quiero importunarle.

—¿Qué desea, doctor?

—Simplemente quería saber si lo encontraron todo a su gusto.

John llegó hasta el salón y encendió la luz.

—Pase usted. He comprado un poco de jerez. Tal vez le apetezca una copa.

John pensó que si hablaba con el doctor en aquellos momentos evitaría posiblemente una segunda entrevista. Le interesaba despacharlo cuanto antes sin importarle el tiempo que se tomase para ello.

El médico rechazó el vino.

—Gracias. Hace años que no bebo. Desde que se secaron mis bodegas. —Sacó un reloj del bolsillo y comprobó la hora.

La brillante tapa daba a los ojos del doctor un brillo extraño. A John se le antojó rojizo, y lo observó con curiosidad.

Doolatery continuó en aquella actitud durante un tiempo

incalculable, pero con los ojos vueltos hacia su inquilino. A John llegó a molestarle la persistencia de aquella mirada, pero le fue imposible apartar la vista.

El médico le miró con una mayor insistencia. Aquellos ojos suyos parecieron cobrar una fuerza inusitada.

—Tiene usted sueño, ¿verdad? ¿Se encuentra cansado? —inquirió Doolatery rompiendo el silencio.

—Pues no... no sé —balbució John dominado por el médico.

El reflejo de la tapa del reloj persistía. El color rojizo se acentuaba y Doolatery insistió:

—Sí. Está usted cansado. Sé reconocer la mirada de un hombre cansado. Intente parpadear. Ande, Pruébelo.

En otras circunstancias, John hubiese pensado que su interlocutor estaba loco, sin embargo, en esos momentos tenía la convicción de que se hallaba totalmente a su merced.

¡No consiguió parpadear por más que lo intentó!

Instintivamente John tuvo un presentimiento.

«Está intentando hipnotizarme», se dijo, pero aquella terrible fuerza que se desprendía de la diabólica mirada del médico le impedía reaccionar.

—Duerme usted... Tiene los ojos abiertos, pero duerme...

—No, no —repuso John luchando para librarse de aquella presión invisible, pero real.

—Sí. Trata de resistirse, pero su cerebro empieza a descansar... Sólo queda libre su subconsciente, donde se esconden todos los humanos secretos de cada cual.

—No. Estoy despierto —replicó John, y consiguió cerrar los ojos para abrirlos de nuevo.

—No haga eso. No luche contra el sueño. Es perjudicial. Un hombre puede pasarse sin comer, y hasta sin beber, pero le es necesario dormir. Oponerse al sueño es malo. ¿Me comprende?

Se sintió empujado a darle la razón. No porque la tuviera; simplemente porque le fue imposible contestar otra cosa que no fuera:

—Sí, doctor.

—Bien —repuso el médico—, siga así... Tranquilícese. ¿Está tranquilo?

—Creo que sí... Pero...

—No hable. Contésteme únicamente.

—Oiga, doctor. —La naturaleza rebelde de John quería imponerse a la situación, pero Doolatery se mostraba como un seguro y consumado maestro en el arte de imponer su voluntad por medio de aquel poder extraordinario que emanaba de sus ojos.

—Silencio —murmuró el médico sin dejar de mirarle—. Hágame caso. Usted dormirá placenteramente y me contestará algunas preguntas, luego cuando despierte, olvidará todo esto. Todo el mundo alguna vez se ha dormido en una silla... sobre todo cuando el cansancio es agobiante y usted está cansado ahora, señor John Marsh.

John se resistía a obedecer. No quería pese al dominio que sobre él ejercía el médico.

Doolatery guardó silencio. Su mirada parecía inculcar a su inquilino todo lo que pretendía de él.

—Marsh —habló de nuevo el médico—. Quiero saber si ha venido usted aquí por propia voluntad o le envía alguien.

John no contestó. Mantenía aquella lucha interna consigo mismo entre el dominio de Doolatery y su propia fuerza.

—¿No me ha oído, John Marsh? —insistió el doctor.

John crispó los puños. Se removió en la silla. Cerró los ojos intentando ganar la inconsciente batalla. No quería dejarse dominar, aunque en realidad no sabía exactamente contra qué luchaba. Notaba un creciente embotamiento de su cerebro que le impedía discernir con lucidez.

—¡Marsh! —exclamó el médico.

Casi a continuación de su voz surgió la de Julie:

—¡John! ¿Dónde estás?

Julie se aproximaba al salón a través del corredor. El médico guardó rápidamente su reloj y musitó algo ininteligible para sus adentros.

La esposa de John apareció en el umbral de la puerta y se disculpó con Doolatery:

—¡Ah! No sabía que estaban ustedes aquí...

El joven se recobró. En aquel instante no logró adivinar exactamente lo ocurrido.

Simplemente tuvo la sensación de que volvía de un letargo. Reaccionó:

—Julie. Creí que dormías...

—Me desperté de pronto. No sé... Debí tener una pesadilla. Pero no quiero molestarte.

—Ahora mismo pensaba venir —repuso John.

Doolatery debió comprender que aquél no era el momento oportuno y se levantó para despedirse:

—Discúlpeme. Yo tengo trabajo también. Buenas noches, señora Marsh. Y procure tranquilizarse y descansar. ¡Señor Marsh! Ya tendremos ocasión de hablar en otro momento.

Erguido, digno, Doolatery desapareció para dirigirse hacia la escalera por la que descendió. Poco después el golpe de la puerta del sótano al cerrarse, anunció que acababa de entrar en la morada que él mismo había elegido.

—¿De qué estabais hablando? —preguntó Julie a su marido.

John trató de recordar. Tenía una vaga idea. Ella insistió:

—¿Ha ocurrido algo? Tienes mal aspecto. ¿No te encuentras bien?

—Sí, sí, querida. Vuelve a la cama. Yo iré enseguida. —Había empezado a adivinar la verdad. Julie no parecía muy convencida, pero una sonrisa de su marido bastó para obedecerle.

John quedó nuevamente a solas y reflexionó nuevamente en lo ocurrido. Era confuso, pero no tanto como para no darse cuenta de la verdad.

Cuando caminaba hacia su dormitorio donde Julie le aguardaba, se repitió mentalmente:

«Ha tratado de saber quién me envía... y volverá a intentarlo».

CAPÍTULO XII

John se entrevistó con su tío a bordo de los transbordadores del Támesis.

Le había llamado antes y subieron a la embarcación por separado. Luego, apoyados ambos en la borda, como si observaran las riberas del río, hablaron con disimulo.

John había contado a su tío su primera experiencia. Margret con los ojos entornados, exclamó:

—¡Hipnosis...! —Aquello reforzaba su teoría de haber sido hipnotizado a fin de hacerle vivir la escena de su propio enterramiento.

—Doolatery quizá sospecha algo —alegó el joven.

—Tal vez no sea una sospecha. Los que tienen algo que ocultar siempre permanecen en guardia.

—Debo regresar. No me gusta dejar sola a mi mujer en ese sitio. En realidad, no me gusta nada todo esto.

—No irás a abandonar ahora, ¿verdad?

—No es por lo que pueda ocurrirme a mí. Estaré prevenido, pero ella...

—Unos días más, John. Por mí. Te daré más dinero si lo necesitas.

—¿Seguro que me lo contaste todo? —inquirió el joven con recelo.

—Pues claro.

—Ese hombre... No será un maníaco, ¿verdad?

—John, puedo asegurarte que tiene muy buen cartel en King Road. Entérate tú mismo.

El transbordador había llegado a la otra orilla. Antes de que los dos hombres se despidieran, Margret recordó:

—Si Doolatery oculta algo, no será en el desván. Eso me consta. —Lo dijo recordando cuando la policía había registrado aquel departamento cerrado de la casa—. Tu misión debe consistir en observar. Eso de su intento de hipnotizarte es muy interesante.

Bajaron de la embarcación por separado. Robert tomó un autobús para regresar a King Road.

* * *

Julie había estado preparando la comida mientras aguardaba a su esposo, a quien creía hablando con un editor en relación con su trabajo. Pero estaba lejos de suponer que si realmente había hablado con un editor. —Margret— no fue precisamente por cuestiones de trabajo.

Era casi mediodía y lo tenía todo listo. Doolatery no había aparecido en absoluto y Julie ya no sabía qué hacer. Había salido a recorrer el prado sin alejarse demasiado de la casa.

El tiempo era bastante desapacible, estaba nublado y hacía frío.

Al regresar y subir nuevamente la escalera, escuchó el maullar de un gato.

Aguzó el oído, y, ya en el corredor del primer piso, pudo deducir que los maullidos procedían del desván.

Recordó que Doolatery les había hablado de gatos y se encogió de hombros.

El gato dejó sus maullidos para roncar complacido, como si alguien lo acariciara.

Julie pensó unos instantes. Sin saber por qué, quizá por instinto, llegó hasta el pie de la escalera que conducía a la habitación cerrada.

El gato continuaba con sus ronquidos aprobatorios. Los ojos de Julie se entornaron ligeramente. Su frente se arrugó.

—¡Julie! —La voz de John difuminó sus pensamientos y ella se volvió para ir al encuentro de su marido.

—¿Cómo te ha ido?

—Bueno, no puedo decir que las cosas vayan mal. Poco a poco todo se arreglará —repuso él sin concretar. Y para cambiar de tema preguntó por la comida—. Vengo hambriento. ¿Qué has preparado?

—No tenía gran cosa, habrá que encargar provisiones a la

tienda.

—Luego iremos —repuso él.

Tras la comida, fueron paseando hasta el pequeño centro comercial donde encargaron comida y otras cosas necesarias para la casa. Livesey se alegró de tenerlos como clientes y les aseguró una feliz estancia en casa de Doolatery.

Regresaron paseando otra vez. El último medio kilómetro lo hicieron a marchas forzadas porque los insistentes truenos presagiaron la tormenta que se desencadenó apenas llegados a casa.

La escasa luz no parecía del agrado de Julie, que murmuró:

—Hubiéramos tenido que comprar bombillas más potentes. Casi hay que andar a tientas.

—Habría que comunicarlo al doctor —repuso él—. La luz corre de su cuenta. Por cierto.

¿Le has visto?

—No —repuso ella—. No ha aparecido.

Entre trueno y trueno se apagó la luz.

—¡Lo que faltaba! —exclamó Julie—. ¡Y seguro que no hay velas!

Buscando, John encontró un par de ellas medio gastadas en un armario del salón.

A la luz de la cera la estancia se hizo más lúgubre, y en el desván el gato lanzó un maullido de desagrado, como si le hubiesen hecho alguna trastada.

—John —murmuró Julie recordando lo que pensaba cuando llegó su marido.

John estaba mirando lo que había en el interior del armario y la interrumpió sacando algo.

—¡Eh, mira! Hay una radio a transistores. Veamos si funciona. Podemos escuchar un poco de música, ¿eh? Ahora sin luz no puedo trabajar.

—John... Ese gato —comenzó ella.

Su marido había comprobado que la radio funcionaba y estaba atento en buscar una emisora.

La música inundó la habitación.

—Está en el desván —murmuró ella.

—¿Te gusta esto? ¿Oyes lo que están tocando?

Se trataba de *La calle donde tú vives* de *My fair Lady*, una música

que a ambos debía recordarles algo agradable, porque instintivamente, se buscaron para entrelazarse y bailar.

Los truenos repercutían en el aparato, pero ellos en la extraña penumbra seguían muy juntos, bailando al compás de aquella música llena de gratos recuerdos.

—¿Qué decías de un gato, amor mío? —susurró él.

—Nada, no tiene importancia —repuso ella deseosa de sentirse en los brazos de su esposo.

En medio del fragor de otro trueno, el gato del desván maulló otra vez con tal fuerza que parecía que le estaban matando, pero el ruido de la tormenta impidió que los Marsh pudieran oírlo. Ellos seguían bailando.

El gato dejó de maullar.

—¡Está muerto! —exclamó ella con un gesto de repugnancia.

Julie estaba mirando el gato tendido sobre el césped en la parte lateral del exterior de la casa.

Al sentimiento de pena por la muerte del minino, Julie antepuso una expresión de asco.

John había salido al oír el grito de su mujer.

—Un gato. También se mueren aunque tengan siete vidas. Quizá resucite.

—Me gustaría saber si es el que oí maullar ayer —murmuró ella.

—¿Ayer?

—Intenté decirlo. Lo oí. Estaba en el desván.

«El desván —pensó John para sí, y recordó las palabras de su tío —. “No creo que allí haya nada”».

—Hubiera jurado que ese gato no estaba solo —añadió ella.

—¿Por qué lo dices?

—No sé... Es algo que se me ocurrió pensar. Los gatos roncan cuando alguien les acaricia, ¿no es cierto?

—A veces —admitió él.

—¿Crees que se tratará del mismo gato? —preguntó ella.

—No sé.

Julie volvió la mirada hacia arriba.

John creyó adivinar los pensamientos de su mujer.

—Estás pensando en que alguien pudo arrojarlo desde ahí.

Ella no supo contestar. Su marido trató de animarla. No quería verla asustada ni preocupada.

—Bueno. Lo enterraremos. Quizá estaba enfermo.

Quedaron mirando al felino muerto y la voz del doctor les sobrecogió al sonar a sus espaldas:

—¿Les gustan los gatos?

Se volvieron al unísono.

—¡Ah! —exclamó ella. Su marido la apretó con fuerza hacia sí.

—¡Oh! Les he asustado —sonrió el doctor.

—Mi esposa ha encontrado a ese gato muerto. Cree que ha podido caer desde el desván murmuró John.

Doolatery sonrió.

—¿Un gato caerse? Puede, pero la altura no es suficiente para matarle. ¿Usted no conoce el proceso de las caídas de los gatos, señor Marsh?

—¡Oh, sí, sí...! —murmuró John.

No quería mostrar ninguna sospecha para no poner en guardia al doctor, pero Julie, ignorante del misterio que envolvía la casa adujo:

—Ayer llegué a pensar que había alguien en el desván.

El médico sin inmutarse, murmuró:

—Tiene usted razón, señora Marsh. Estuve yo. No quise decirla nada para no importunarla. La vi que estaba paseando. Yo fui a buscar unas cosas que precisaba para mi trabajo.

—¡Ah! Entonces... fue usted quien acarició al gato. Le oí roncar —repuso ella.

—Probablemente le acaricié. Me gustan los animales.

—No le oímos bajar —insistió ella.

John cortó:

—Bueno, si fue cuando yo regresé... estaríamos comiendo.

—Eso es —sonrió el médico—. Tenían ustedes la puerta cerrada y no creí oportuno estorbarles. Quiero que mis huéspedes se hallen como en su propia casa. Las visitas a veces molestan... No se preocupen por el gato. Yo mismo lo enterraré. —Se aproximó al animal y lo tomó entre sus manos.

Parecía evidente que el felino había sido estrangulado. Julie se refugió más cerca de su marido.

—Si quieren saber de qué ha muerto puedo hacerle la autopsia —sugirió el médico—, pero en fin... no creo que eso sea muy importante, ¿verdad?

—Disculpe las molestias, doctor —adujo John tras un silencio. Luego los dos se alejaron hacia la casa.

* * *

Habían transcurrido otros días sin que ninguna novedad rompiera la paz de la casa.

Doolatery no había dejado verse y John abocetó algunos dibujos en su mesa plegable que se había traído para trabajar y que había colocado junto a una ventana para poder hacerlo con la luz natural.

—Cuando termine esto iré a Londres a llevarlo —dijo—. ¿Querrás acompañarme?

—¿Esta tarde?

—Sí —asintió él.

—Es que... hoy no me encuentro muy bien —se excusó Julie.

—No me dijiste nada.

—Es que no es nada importante. Tengo días, ya sabes...

—Bueno, podemos ir mañana. No vendrá de un día.

—No, querido. Ve solo. Sé que necesitas dinero.

A John no le gustaba tener que dejar a Julie sola en la casa. Y ella pareció adivinarlo.

—Ve tranquilo, tonto. Si me ocurriese algo llamaría al médico... a Doolatery.

Era precisamente lo que no quería que hiciese, pero no quería decírselo para no intranquilizarla.

Ella sonrió.

—Anda. No seas chiquillo —sonrió ella—. Estoy bien, sólo que... algo cansada. En serio.

Me encuentro muy bien aquí. Y tú no estarás fuera toda la tarde.

—No. El tiempo justo de entregar el trabajo —aseguró John.

Eran las dos cuando puso en marcha el coche para dirigirse a Londres. Julie quedó sola. Bueno, sola en las habitaciones alquiladas, porque Doolatery se suponía que seguía en el sótano.

Y aparte de Doolatery, había que contar con el «inquilino» del desván.

Quienquiera que fuera produjo algunos ruidos que llamaron la atención a Julie cuando llevaba más de una hora sola en el salón.

La muchacha aguzó el oído. Luego asomó y creyó percibir el

sonido característico de un mueble u otro objeto al ser arrastrado.

Avanzó por el corredor y ya no oyó nada. Tras una breve escucha optó por volver al salón, cuando algo pesado cayó al suelo. Ya no le cabía duda. ¡Había alguien en el desván!

Subió hasta arriba con cierta cautela y pegó la oreja en la puerta.

De nuevo todo había quedado invadido por el silencio. No obstante, la impresión de que tras aquella gruesa barrera de madera se escondía alguien se hizo más fuerte en la muchacha.

Fue tal vez un casi imperceptible jadeo, una respiración entrecortada o ese impreciso presentimiento de que alguien nos acecha, pero Julie para sus adentros se dijo: «Hay alguien».

Intentó empujar la puerta. Dio la vuelta al pomo, pero la madera se resistió. Estaba cerrada como siempre.

Miró por el ojo de la cerradura, pero le fue imposible ver nada.

Aquel jadeo interior se hizo más patente.

—¡Doctor! —llamó—. ¿Está usted ahí?

La pregunta fue inútil. Nadie contestó.

—¿Es usted, doctor? —repitió Julie.

Pudo escuchar el ruido de algo que había caído al suelo, pero ni la más remota sorpresa.

Julie se intranquilizó. Si no estaba el doctor... ¿quién había allí dentro?

Retrocedió y comenzó a bajar la escalera. Fue hacia el salón y llamó el timbre que comunicaba con el laboratorio subterráneo de Doolatery.

El timbre sonó en el interior de la bóveda, pero allí no había nadie.

No lo había porque Doolatery en aquellos momentos estaba en la tienda de Livesey haciendo unos encargos. Se estaba despidiendo del propietario.

—Pensaba ir un día de éstos por su casa, doctor. Pero esta vez se me anticipó usted.

¿Qué tal le va con sus nuevos inquilinos?

—Bien, como siempre, Livesey. Tengo que irme. El trabajo me espera.

Doolatery tomó su motocicleta para regresar a su casa.

Julie al comprobar que el doctor no respondía pensó que se

hallaba sola y se dijo que tenía que abrir aquella puerta como fuera.

Bajó a la planta baja y llamó con insistencia a la puerta del sótano. Volvió los ojos hacia la puerta. Al lado estaba el viejo perchero casi siempre vacío. La entrada tenía la puerta cerrada. Asomó fuera. No vio a nadie. Regresó al primer piso y buscó un cuchillo. Sí. Forzaría la cerradura para entrar en el desván...

CAPÍTULO XIII

Julie había comenzado a subir el tramo de escaleras que conducía hasta el rellano, donde la puerta cerrada impedía el paso al desván.

Subió poco a poco, consciente del peligro. Aun así no podía vivir con la inquietud de sentirse espiada. No era un exceso de curiosidad. Era la resolución propia de su temperamento.

A medida que ascendía parecía contar los escalones. Eran diez en total. Se hallaba solo a la mitad y procuraba mostrarse firme, aunque no podía evitar que un escalofrío se enseñoreara de su columna vertebral.

Doolatery estaba también a medio camino. Seguía a horcajadas de su motocicleta hacia la casa.

Julie subió el sexto peldaño, luego el séptimo. Tras la puerta no se oía ya el menor ruido.

John se había entretenido más de lo que esperaba hablando con el editor que le había encargado aquellos bocetos.

Había alegría en su rostro cuando salió a la calle.

El editor le había dado buenas esperanzas.

—Puede contar con una portada cada semana —fueron las palabras que le ensancharon su porvenir.

«Julie saltará de alegría», se dijo mientras ponía en marcha su viejo automóvil.

Julie puso el pie en el octavo peldaño.

John pensó por un momento en llamar a su tío.

«Lo siento —pensaba decirle—. Si todo sale bien buscaremos otra casa. No estoy tranquilo. Es por Julie...».

Pero no. Ya habría tiempo de decírselo, no fuera que las cosas volvieran a salirle mal, y entretanto, necesitaba el dinero que le había prometido Margret.

No le llamó.

Fue una lástima porque quizá hubiera averiguado algo importante. Justo lo que estaba sabiendo Margret en aquellos momentos.

Poco antes, alguien le había traído un paquetito con un recado:

—El señor Malcom ordenó que si a él le sucedía algo, se lo entregara a usted. —Quien lo había llevado fue uno de los ayudantes del colaborador de Margret—. Disculpe, casi se me había olvidado.

Margret abrió el paquetito y vio que se trataba de una cinta magnetofónica.

Se apresuró a colocarla en la reproductora para escuchar la voz de su amigo.

Se trataba de una confesión y empezaba así:

«—Empiezo a grabar esto al regresar a casa después de haber descubierto con mis propios ojos la muerte de aquel sujeto encontrado en el garaje de la casa de King Road». Tras una pequeña pausa la voz de Robert Malcom continuaba:

«—Ahora tengo miedo de las consecuencias que pueda traer todo esto. Me siento amenazado como tú, Vincent y no debería ser así. Pero lo mejor será que comience por el principio. Se trata de algo que debes saber, puesto que si oyes esto será porque yo habré muerto...».

Simultáneamente, Julie pasaba del noveno al último peldaño. Estaba pues ya en el rellano frente a la puerta del desván.

Su mano derecha, menos segura de lo que hubiese deseado, avanzaba hacia el resquicio de la puerta para intentar forzar la cerradura, haciendo palanca.

Tras la puerta continuaba el silencio.

John silbaba feliz al volante de su coche, todavía en la ciudad. Era ya oscuro y había el tránsito normal de las horas de cierre de los establecimientos.

Margret continuaba escuchando la grabación:

«—La idea de venderte terror fue mía... Como asesor de algunos de los cuentos terroríficos que me mandaste para informar, reconocí bastantes veces, y a ti te consta, que eran francamente buenos, pero tú te reías, Vincent. Me llamaste benévolo en varias ocasiones. Llegaste a decirme que no tenía idea de lo que tú querías. Yo

pensaba en los pobres escritores que sudaban para complacer tus pocas claras ideas... ¿Qué clase de terror querías tú? Pensé gastarte una broma y... beneficiarme con ello. Nunca has sido muy espléndido al fijar los estipendios de tus colaboradores. Y tienes una endiablada suerte en el juego. Me ganaste muchas veces cuando nos reuníamos para jugar. Fijé la cantidad de cinco mil libras que debería repartir con mis colaboradores. Eran tres exactamente. El hombre asesinado en la casa de King Road, el individuo que disparó sobre ti en Piccadilly Circus y el sujeto que con el único fin de asustarte viste al regresar a tu casa...».

En aquellos instantes Julie había comenzado a forcejear en la cerradura. De cuando en cuando miraba hacia atrás y escuchaba para cerciorarse de que seguía estando sola.

El doctor Doolatery doblaba ya el último recodo del pésimo sendero antes de llegar a su residencia.

En su esfuerzo por abrir, la hoja del cuchillo se partió, y parte de ella quedó empotrada en el resquicio. Julie tuvo un sobresalto. Vaciló unos instantes.

John, su esposo, había dejado ya el centro para tomar la carretera principal de la zona. Le quedaba todavía un buen trecho hasta alcanzar el sendero que conducía a la casa por la parte opuesta del pequeño centro comercial.

Julie decidió continuar su labor con el pedazo de cuchillo que le había quedado entre las manos.

Margret continuaba escuchando la voz de su ex colaborador Robert Malcom que continuaba su confesión impresa en la cinta magnetofónica:

«—Sí, Vincent. Todo iba a tratarse de una broma para asustarte de veras. Y pude comprobar por mí mismo que cuando te supiste en peligro de muerte estabas realmente asustado—. Una pausa y el confeso prosiguió. —Jackie Morton, o para mejor entendemos, el hombre con el que tú te entrevistaste en la casona, conocía a su propietario el doctor Doolatery. Me habló de sus experimentos como hipnotizador y se me ocurrió la idea de utilizarle para que mediante hipnosis aumentara tu terror. A Doolatery se debe pues que creyeses vivir la escena de tu propio entierro». Julie forcejeaba con el trozo de cuchillo. La cerradura estaba próxima a saltar.

«Un esfuerzo más», pensó ella.

No pudo oír el ruido de la motocicleta del doctor al llegar a la explanada. Tenía prisa en abrir cuanto antes. Ya faltaba poco, muy poco.

John enfiló el sendero que se alejaba de la carretera para adentrarse en King Road.

Doolatery dejó la motocicleta en el garaje.

Julie sudaba de angustia en su tremendo esfuerzo para vencer la resistencia de la cerradura.

En la oscuridad del desván una forma se movía retrocediendo, esperando tal vez. Una sombra que producía un ahogado gemido.

Doolatery avanzaba ya hacia la entrada principal de la casa.

Margret cada vez más interesado quería llegar hasta el final de la confesión de Robert Malcom, cuya voz seguía reproduciéndose en el aparato:

«—Todo salió bien. El hombre que disparó contra ti llamado Teery Dooner y el que entró en tu casa, al que yo había facilitado una llave para ello, para mejor asustarte, cumplieron perfectamente. En la comedia que realizamos en el oscuro corredor de tu morada participé yo como recordarás, pero a última hora algo falló».

El doctor Doolatery abrió la puerta de la casa. El ruido sobresaltó a Julie en el instante que un chasquido metálico le anunció que el apalancamiento había dado resultado.

¡La puerta del desván había quedado abierta!

CAPÍTULO XIV

Julie había oído claramente las pisadas del médico y abandonó su intento de entrar. Tenía la sensación de que Doolatery se dirigía hacia la escalera, por ello bajó rápidamente y corrió hacia el salón.

La puerta del desván, libre de la cerradura, permanecía aún aparentemente cerrada, pero lentamente, alguien comenzó a tirar de ella.

Doolatery comenzó a subir la escalera hacia el primer piso. Julie intentó serenarse. Buscó algo para fingir que había estado ocupada. Tomó un libro y se sentó en un diván tratando de acompasar su respiración.

Doolatery llegó a lo alto de la escalera, y al ver luz en el salón encaminó sus pasos hacia allí.

Julie presentía su presencia, pero permaneció estática en el diván.

El doctor asomó.

—Buenas tardes... ¿Está usted sola?

—¡Oh! ¡Hola, doctor! —Pareció sorprenderse.

—He ido a comprar unas cosas. Le he comprado algo para usted. Espero que me lo acepte —y Doolatery le tendió una caja de bombones—. Es usted muy amable, doctor —murmuró ella.

—Pruébelos. Me han asegurado que son exquisitos.

Doolatery miró hacia atrás. Parecía inquieto.

—¿Dónde está su marido? —preguntó mientras ella desenvolvía la caja.

—No tardará en volver. Fue a llevar un trabajo.

—Ya.

Doolatery estaba impaciente. Julie creyó notarlo.

Arriba, la puerta del desván había quedado unos veinte

centímetros abierta. Una respiración jadeante en la oscuridad daba fe de la presencia de alguien.

En aquel instante el ruido del automóvil de John cambió las cosas. Tanto Doolatery como Julie lo habían oído. El médico se excusó:

—Bueno. Yo tengo que seguir trabajando. Que le aprovechen los bombones.

El doctor salió de la estancia para bajar rápidamente la escalera. Antes de que John entrara en la casa, él ya había descendido hacia el sótano.

La puerta del desván se abrió cinco centímetros más.

Julie dejó la caja de bombones y fue hacia la puerta para recibir a su marido que subía rápidamente.

Entretanto...

* * *

Margret estaba escuchando el final de la confesión de Robert Malcom:

«—... pero a última hora algo falló.

»—Tú me pediste que te acompañara y eso ya lo había dado yo por supuesto. No me importó hacerlo, no tanto como para seguir siendo testigo de tu miedo sino para asegurarme de que dejarías el dinero en la casa. Por otra parte me interesaba destruir cualquier prueba, como por ejemplo la nota que hallaste sobre la mesa que fui yo quien la cogí. También me interesaba estar cerca de ti. Así supe que habías marcado el dinero, pero yo no tenía ninguna prisa en gastarlo. En cualquier caso puede cambiarse en Bancos extranjeros. Sabes que viajo con frecuencia por Europa. No. El dinero no era problema. Los problemas comenzaron con la muerte de Jackie Morton, el individuo que encontramos en el garaje. Aquello, Margret, aquello no estaba previsto. Luego...

Julie mostró los bombones a su esposo después de que éste le hubo contado su entrevista esperanzadora con el editor que le había encargado los dibujos.

—Me ha traído esto. Creo que trata de mostrarse atento.

—¿Bombones? Hum. —John quedó pensativo. Tomó uno, iba a metérselo en la boca...

—John. He abierto la puerta del desván —dijo ella en aquel instante.

—¿Qué...?

—Sí, John. Él no estaba —se refería al médico—. Le llamé y no estaba, pero dentro había alguien. He oído ruido...

—No debiste hacerlo —reprochó sin violencia.

—Es que... No sé, tengo la sensación extraña de que alguien nos está acechando. No he querido decírtelo por no alarmarte. Yo sé el sacrificio que ha supuesto para ti alquilar esa casa. De veras, John, sería una pena tener que dejarla, pero no quiero vivir pensando que... ¡Dios mío! Debes pensar que soy una tonta o que me vuelvo neurasténica.

—Oh, no, amor mío. Eso no —murmuró él aproximándose a su esposa, acariciándola.

—Esta casa no está nada mal, ¿sabes? —sonrió ella—. Pero...

—¿Tienes miedo? —murmuró él.

—Ya sabes que no soy miedosa, pero... no me gusta la incertidumbre.

En el sótano, y sobre una mesa auxiliar, Doolatery tenía unos bombones y un gato sobre las rodillas.

—Toma un poco de chocolate. Es bueno... Parece un bombón como los demás —le decía al felino ofreciéndoselo—. Anda. Es dulce.

El minino pasó la lengua por el bombón. Sí. Tenía buen sabor porque continuó lamiéndolo.

Doolatery explicó algo que el felino no podía entender.

—Sólo produce sueño. Es un experimento. Esto relaja... Me interesa que mis inquilinos puedan dormir. ¿Comprendes? —Y continuó pasando la mano por el lomo del felino.

En el primer piso, John había resuelto:

—Quédate aquí. Iré a ver qué hay arriba. ¿Dijiste que la puerta estaba abierta?

—Sí —musitó ella.

—Bueno. No te muevas... —Tenía aún el bombón en la mano. Seguramente pensó que no era el mejor momento para comerlo y salió para recorrer el pasillo y dirigirse hacia la escalera del desván.

En el sótano el gato seguía lamiendo el chocolate. Julie vio a su marido al pie de la escalera y permaneció atenta. Él se volvió.

—Anda, tranquila. Arriba no hay nadie. Prepara la cena, ¿eh?

Comenzó a subir. Observó que la puerta estaba entreabierta y avanzó con sigilo.

Al llegar al rellano, observó en el suelo, en el mismo umbral el trozo de cuchillo roto, y se inclinó para recogerlo.

Entonces tuvo la sensación de que algo se movía allá adentro.

En el sótano, el gato había comido ya todo el bombón y maulló tímidamente, bostezó.

Los ojos del felino se entornaron y maulló de nuevo caminando hacia un rincón. Se acurrucó. Evidentemente le había entrado un profundo sueño.

Julie, nerviosa, abría y cerraba las manos. La caja de los bombones estaba cerca. Tomó uno. Necesitaba hacer algo. Lo llevó a la boca y dejó que el agradable sabor del chocolate endulzara su paladar.

John empujó suavemente la puerta hasta dejarla totalmente abierta.

La luz del corredor era insuficiente para taladrar las tinieblas en que estaba envuelto el desván.

Avanzó un poco más, un poco más.

Entonces apareció la figura. Fue más el brillo de unos ojillos surgido de la oscuridad lo que hizo que John se pusiera en guardia.

—¿Quién...? —empezó.

Una forma se abalanzó hacia él. Unos brazos se agitaron en el aire buscando su garganta.

John escuchó el jadeo de su agresor.

Dos manos poderosas se posaron sobre su cuello. El atacado quiso empujar a su anónimo antagonista. Sin embargo, chocó contra una mole pétrea de cuerpo velludo.

Algo que se le antojó repugnante.

Quienquiera que fuese andaba como encorvado, ladeado, algo impreciso de adivinar.

John continuó forcejeando y consiguió atraer a la «cosa» al lugar iluminado.

Únicamente pudo ver parte de aquel cuerpo desnudo y veloso como un animal indescriptible.

Luego, la «cosa» se ocultó de nuevo en la sombra tirando con fuerza de John, que se sintió atenazado por aquel par de fuertes

manos que insaciables buscaban su garganta.

Entre jadeos, John consiguió resistir, pero la fortaleza física de su oponente le abrumaba cada vez más.

—¿Quién eres, quién eres? —Logró balbucir.

Julie abrió la puerta del salón y miró hacia la escalera. No podía ver ni siquiera la puerta, pero creyó percibir el sordo fragor de la lucha.

—John —llamó.

Intentó andar, pero sus rodillas le fallaron. Se llevó las manos al estómago. Notóse extraña, somnolienta. Apenas podía entrar.

—John... —dijo sin apenas voz, y tuvo que apoyarse.

John seguía debatiéndose ante aquella fuerza extraña.

En los vaivenes de la lucha, la «cosa» se colocó nuevamente en la zona iluminada.

Los ojos del joven se agrandaron.

¿Qué era aquello? ¿Qué ente demoníaco le estaba atacando? El aspecto del ser monstruoso le aturdió por un momento.

Y el «ser» jadeaba.

Aquella criatura horrible, había ladeado el tronco hacia un costado, que le impedía por completo mantenerse erguido, volvía a avanzar sus manos hacia John que trató de apartarle, pero se sintió cogido.

Sus manos tantearon algo parecido a una cadena. La tomó y comenzó a blandirla para alejar de sí aquella terrible forma. Consiguió apartarla y corrió hacia la puerta. Tiró para cerrarla al tiempo que con la cadena intentaba improvisar un cierre.

Pero la puerta se abrió de pronto para dar paso a la repugnante criatura, que lanzó un gemido y empujó a John.

El joven, para evitar la acometida, retrocedió dando un traspié y cayendo por la escalera.

Un golpe en la cabeza, consecuencia de la caída, le dejó sin sentido.

Julie había tenido que retroceder para sentarse en una butaca. Sus piernas se habían negado a obedecerla y su mente oscureció hasta quedar dormida.

El ser monstruoso, siempre en su posición ladeada, permaneció unos instantes en el rellano.

CAPÍTULO XV

Margret acababa de escuchar las últimas palabras grabadas por Robert Malcom en la cinta:

«—Aquello no estaba previsto... Luego se me ocurrió pensar que alguno de los hombres que yo había contratado pudieran haber sido los causantes, pero no tenía sentido porque nadie había tocado el dinero que tú dejaste sobre la mesa...». Y Malcom continuaba:

«—De acuerdo con lo planeado, todo tenía que cesar tan pronto como tú entregaras el dinero, por eso me extrañó aquel ataque que tuvimos al salir de la casa. Aquello no estaba previsto. Acabo de llamar ahora a uno de mis colaboradores—. Malcom decía “acabo de llamar” porque la grabación estaba hecha precisamente al regreso de la casucha de King Road. —Le he explicado lo ocurrido. Era Doner el encargado de dejar abiertas las espitas del gas. Me dijo que no había recibido el recado de cesar en sus fingidos intentos. Sí, Margret, el gas estaba previsto también, pero no para matarte, sino para asustarte. Pero volvamos a lo que importa. Ahora está amaneciendo y no sé exactamente qué pensar, porque insisto en que la muerte del hombre del garaje no entraba en nuestros planes. Hay alguien más mezclado en esto—. Una pausa para el párrafo final de la confesión que seguía así. —Cuando por teléfono te dijeron que “todo estaba fuera de nuestro control”, Morton dijo la verdad, aunque yo imaginé que se excedía en causarte terror. Pero no. Era cierto, estaba fuera de nuestro control, y el secreto tiene que estar en la casa. Ahora recuerdo que Morton dijo algo respecto al doctor y sus experimentos. No detalló demasiado, pero él debía de saber algo... Algo que está en la casa. Ahora temo que yo mismo pueda ser víctima de mi propio plan. Si algo me ocurre, quiero que sepas la verdad y obres en consecuencia. Yo ya no podré asustarte, pero

temo que alguien intente hacer algo más que venderte terror. Estás en peligro, Vincent, y la clave del peligro está en esa casucha de King Road...».

* * *

La extraña criatura había comenzado a descender los diez escalones.

Se detuvo junto al cuerpo sin sentido de John Marsh. Lo observó un momento y decidió seguir avanzando con la dificultad que representaba un cuerpo totalmente ladeado. Era como un tronco que surgiera a partir de otro que hubiese sido cortado. Las piernas eran bastante normales, pero el resto podía compararse al brote de un geranio surgido de la rama principal.

A partir de ahí, el torso parecía velludo con largos y retorcidos pelos, gruesos, fuertes. El cuello achatado sostenía una cabeza animal, deforme, descarnada, mostrando todos los huesos de su esqueleto. Unos ojillos bestiales parecían tener el poder de taladrar la oscuridad.

Los brazos igualmente velludos presentaban zonas descamadas. Por fin unas manos grandes, desproporcionadas, completaban aquel horrible aspecto general de la criatura que avanzaba hacia el salón donde Julie había quedado involuntariamente dormida.

* * *

Con la cinta magnetofónica en el bolsillo, Margret bajó de su coche frente a la oficina del superintendente Stodard. Se había decidido a mostrársela para que supiera la verdad.

Margret comprendía que a Robert Malcom le habían asesinado y que él podía ser igualmente víctima de un nuevo atentado.

—Lo siento —dijo el ayudante de Stodard—. El superintendente no está en estos momentos.

—Es necesario que hable con él —adujo el editor.

—Si es algo importante comuníquemelo a mí.

—Está bien. Quiero que oigan esto —y entregó la cinta.

La criatura había llegado al umbral del salón y sus ojillos se posaron sobre la durmiente Julie.

En el sótano, Doolatery estaba examinando una libreta donde había anotado un nombre: Vincent Margret.

—Eres el único cabo suelto. No sé hasta qué punto puedes perjudicarme. Es extraño que no hayas vuelto a husmear. Muy extraño. Tendré que vigilarte. Un accidente como a tu amigo Robert Malcom. Sí... Tendré que hacerte una visita... esta noche.

Guardó la libreta bajo llave.

Entretanto la criatura avanzaba hacia Julie, que seguía en su plácido sueño.

Las manos del monstruo avanzaron hacia ella. Al pie de la escalera, John comenzaba a removerse.

La criatura tomó a Julie en brazos. A pesar de su oblicuidad tenía un perfecto sentido del equilibrio.

John abrió los ojos. Se sentía aturdido. Le dolía la cabeza. Intentó reaccionar al revivir los últimos acontecimientos. Pensó en el monstruo.

Se puso rápidamente en pie y subió la escalera para comprobar que el desván estaba vacío.

Un presentimiento se apoderó de él:

—¡Julie! —gritó.

El monstruo salía del salón llevando a la muchacha en brazos. John bajó rápidamente el tramo de escaleras y vio la grotesca figura de aquel ente llevando a su mujer en brazos.

—¡Suéltala! —gritó.

La criatura se volvió. John iba hacia él dispuesto a defender a su mujer. El monstruo la dejó en el suelo, con cierta ternura. John se detuvo. Pensó que aquel extraño engendro no había pensado dañar a su esposa, pero no podía arriesgarse a comprobarlo. Tenía que combatirlo, o cuanto menos defenderse de él.

Y el monstruo avanzaba soltando un rugido amenazador. John retrocedió. Recordó las cadenas y corrió en busca de ellas para tener un arma más sólida que sus puños para combatir al engendro.

La criatura había llegado ya al pie del tramo de escaleras. Su andar era pesado, pero seguro, decidido.

John esgrimió la cadena mientras bajaba al encuentro de su infrahumano enemigo.

El monstruo comenzó a subir, no le arredraba el peligro que representaba el arma de su oponente. Obsesivo, se dirigía hacia él para enfrentársele abiertamente.

John descargó la cadena con intención de alcanzarle el rostro. La criatura cogió al vuelo el arma y tiró con fuerza. John perdió el equilibrio y saltó por la escalera. Esta vez se repuso instantáneamente y consiguió retroceder antes de que el monstruo le alcanzara.

Pensó en pedir ayuda, pero ante todo era necesario huir. Quiso tomar a su esposa, pero la criatura ya estaba allí, jadeante, deseosa de terminar con él.

En el sótano, el doctor Doolatery había tomado una resolución. Salía por la puerta del corredor, aquella salida de emergencia que aseguró no utilizarla nunca.

Abrió con la llave que guardaba en su bolsillo y cerró seguidamente, pero sin darle la vuelta a la cerradura.

Aunque la oscuridad impedía verlo, a sus plantas se abría un profundo pozo. Él sabía dónde estaba y dónde tenía que poner los pies para evitar caer en él. Rodeó la invisible abertura cubierta de hierbajos, y cruzando rápidamente el prado se dirigió hacia el garaje para tomar su motocicleta.

En la casa, la criatura lanzaba los brazos hacia John que trataba de evitar aquellas terribles acometidas.

El joven dibujante recibió un empujón que le mandó contra la pared. Entonces advirtió la proximidad del teléfono. Pensó en llamar, en pedir ayuda.

Pero el monstruo se abalanzó sobre él. John, que ya había tomado el auricular tuvo que soltarlo. Un manotazo del monstruo arrancó de cuajo el hilo de la pared. Fue sin duda un acto inconsciente. ¡Qué podía saber él lo que era y para qué servía un teléfono! Pero acababa de privar a su oponente de pedir ayuda.

Doolatery se alejaba cabalgando sobre su motocicleta. El quizá era el único que hubiera podido impedir la triste suerte que el destino parecía tener reservada para John Marsh.

CAPÍTULO XVI

El cordón telefónico cortado, colgaba de la pared, mientras la criatura, jadeante, pero incansable, alargaba sus manos hacia el agotado John, a quien se le ocurrió la idea. Hizo un quiebro sin soltar el cordón con el que consiguió envolver el cuello de su agresor.

Dio una vuelta obligándole a girarse. La mayor lentitud del monstruo le favoreció y consiguió atenazarle bien la garganta.

Las manos del monstruo quisieron librarse del cordón que le ahogaba. John presionó con todas sus fuerzas en aquella lucha sorda a muerte.

Siguió apretando al tiempo que buscaba algo donde sujetar el cabo que tenía en la mano.

Tenía el pomo de la habitación-dormitorio al lado y no vaciló en dar la vuelta al cabo. Hizo un nudo y salió corriendo para ir hacia su mujer, a la que tomó en brazos para huir escaleras abajo en busca de auxilio.

La poderosa fuerza de aquel monstruo se puso de manifiesto en un tirón en el que partió el cable y arrancó uno de los goznes de la puerta a cuyo pomo estaba sujeto.

Rabioso se dirigió hacia la escalera.

John había alcanzado la puerta de los bajos y, siempre con su mujer, salió fuera.

El monstruoso ser, en el *hall* de la casa, buscó por todas partes con ahínco.

Lanzó un rugido al no ver a nadie, y encegado por su propio furor se dirigió hacia la puerta del sótano. Cargó sobre ella con violencia.

La resistente madera aguantó, pero a la segunda acometida, el

cerrojo comenzó a ceder.

El monstruo cargó por tercera vez y consiguió tener franca la entrada. Corrió escalera abajo y comenzó a buscar emitiendo extraños graznidos. —¡Socorro! ¡Socorro!— gritaba John en el prado.

Surgieron unos poderosos focos que le deslumbraron.

El monstruo en su búsqueda estaba en el corredor subterráneo. Sus torpes manos trataron de abrir la puerta de la salida de emergencia.

Los focos del exterior pertenecían a un automóvil que se dirigía hacia la casa.

El monstruo, en su desesperado intento de encontrar a los fugitivos había abierto la puerta. El ignoraba la existencia del pozo. Dio un paso adelante y comenzó a gritar mientras su cuerpo se perdía en la oscuridad de la abertura.

Los focos pertenecían a un coche de la policía. Otros automóviles les surgieron, y de uno de ellos se apeó el superintendente.

—Teníamos la casa vigilada desde las cercanías —dijo el policía—. Lo único que nos faltaba era saber qué ocurría en el interior.

—Ustedes... vigilaban —empezó John aturdido.

—Sí. Había cosas poco claras y el doctor Doolatery parece estar demasiado alejado de sospechas. Ahora cuénteme todo...

—Sí. Sí, señor... Pero... ¿Cómo han sabido que les necesitaba?

Los hombres apostados con potentes prismáticos especiales para la oscuridad, le han visto a usted salir corriendo de la casa. Ya le he dicho que la manteníamos en observación día y noche.

* * *

Mientras John Marsh relataba todo lo que sabía, desde el momento en que aceptó colaborar con su tío, en el despacho del superintendente en Londres, Margret había terminado de pasar la cinta.

—Ahora comprenderá por qué es urgente —dijo el editor—. Mi sobrino está allí, con su esposa. ¡Cielos! Creo que no debí permitirlo. Si Malcom dice que el peligro reside allí... Bueno, tienen que hacer algo. He sido un egoísta y...

—Cálmese —repuso el ayudante de Stodard—. Todo está previsto. Ya le dijo el jefe que el asunto no quedaba archivado ni mucho menos. La casa está vigilada.

—Entonces... ¿Mi sobrino no corre peligro?

—Esperemos que no —repuso el subordinado de Stodard—. Vuelva usted a su casa y deje esto en nuestras manos.

—Pero ustedes sabían...

—Sospechas, por eso investigamos, pero comprenderá que no andamos revelando nuestros métodos...

El policía atendió una llamada telefónica, mientras el editor se dirigía hacia la salida.

Poco después subía a su automóvil para dirigirse a su casa. Diez minutos más tarde se detenía en el aparcamiento cercano al portal de su residencia.

Lo que ignoraba era al hombre que al volante de un coche —un coche robado— le estaba acechando.

Aquel hombre era Doolatery.

Margret cruzó la calle. Doolatery había puesto ya el motor en marcha y se lanzó a toda velocidad contra el editor.

Margret advirtió el peligro, pero ya era demasiado tarde. Saltó hacia adelante, pero no pudo advertir que el automóvil lo alcanzara.

De las sombras del parque surgieron algunos agentes. Alguien daba órdenes. Los hombres se dividieron. Dos saltaron hacia un automóvil para perseguir a Doolatery, los otros dos fueron a atender a Margret.

Doolatery al darse cuenta de que era perseguido, aumentó la marcha. Quiso burlar a sus seguidores, pero al tomar la curva para meterse en una calle de dirección contraria, maniobró mal y el automóvil chocó contra un farol. Era el final de la carrera.

* * *

—Sí —dijo el superintendente—. Le teníamos vigilado. Le vimos salir por la puerta del subterráneo y avisamos a nuestros enlaces.

—¿Ha muerto? —preguntó John.

—Sí. Ha muerto, pero antes ha comunicado algo muy interesante. Desde luego no verá la luz pública, hay cosas que no

conviene airear.

Amanecía ya. John estaba con el superintendente en la parte trasera de la casa, en el desnivel inferior, cerca de la salida subterránea. Unos especialistas habían bajado al pozo muerto. Muy profundo. Luego dijeron:

—¡Ya está!

Las cuerdas se pusieron tensas y el monstruo fue arriado.

La visión de aquella criatura dejó a todos impresionados. No había más testigos que los agentes y John.

—¡Cielos! —exclamó el superintendente.

Un médico se aproximó con cierto recelo.

—Nunca había visto nada así —murmuró; luego lo auscultó y certificó—: Está muerto.

John no acertaba a comprender:

—¿Qué significa todo esto?

—Se lo diré en síntesis, señor Marsh, pero debo rogarle que no lo propague, hay cosas que... Usted ya me entiende...

—Sí, señor.

El superintendente explicó:

—Tenemos la confesión de Malcom sobre la broma con provecho que había tramado contra Vincent Margret. Lo que según Malcom falló fue la intervención de esa criatura que Doolatery guardaba en el desván. El mató a Morton, que por cierto ya ha sido encontrado. Doolatery lo enterró lejos de aquí, pero tenemos buenos perros sabuesos.

Seguidamente, el policía continuó:

—En resumen, Doolatery pensó aprovecharse de las circunstancias y quedarse con el dinero. No lo hemos encontrado todavía, pero no puede estar muy lejos. En la casa, seguro.

—De acuerdo, pero... ¿Y ese ser...? —Indicó a la forma envuelta en un lienzo que acababa de ser depositada en una ambulancia.

—Se trata —según las manifestaciones de Doolatery antes de morir— de un hijo suyo.

—¿Un hijo?

—Sí. La naturaleza a veces gasta esas malas pasadas. Doolatery perdió a su esposa cuando nació «eso» que quiso conservar para estudiar, para «saber». En eso fue en lo único que el doctor no mintió: Quería saber, por qué hoy por hoy la ciencia no puede

explicar porqué se producen esos fenómenos. Ahora padre e hijo han muerto.

El ayudante de Stodard se aproximó para informarle que había recibido un comunicado telefónico.

—Donner ha sido detenido. Ya tenemos a los cómplices de Malcom.

—Bien. Pues vamos allá. Aquí ya no podemos hacer nada. ¡Ah! Señor Marsh. ¿Cómo está su esposa?

—Bueno, mejor.

—Sáquela de aquí en cuanto pueda. No creo que le agrade seguir viviendo en esta casa después de lo ocurrido. ¡Ah! —añadió el policía—. Según han comunicado del hospital, su tío salvará la vida; pero es probable que quede inválido.

John guardó silencio.

—De todos modos me han encargado que le diga que quiere hablar con usted. Ya sé que no le hizo ningún favor ocultándole parte de la verdad, pero es que él tampoco sabía el auténtico alcance de todo esto. En fin. Éste ya es asunto de ustedes dos.

Cuando la ambulancia y los coches oficiales se alejaron, John fue a reunirse con su esposa.

Algunos policías paseaban por los alrededores de la casa.

* * *

—¡Ahora sé que el terror existe! Ahora lo sé —repetía Margret en la cama del hospital.

Sólo podía oírle la enfermera, y a ella se dirigió:

—¡Señorita! ¿Dónde está mi sobrino? Quiero verle. Dígame que le daré cuanto me pida. Que todo será suyo.

—Tranquilícese, señor Margret, tranquilícese —murmuró la enfermera en tono profesional.

—¡No quiero estar solo! ¡No quiero estar solo...! Me asusta la soledad.

—Le daré un calmante.

Sí. Quizá ése sería el futuro de aquel hombre que quiso comprar terror.

En la calle, mezclados entre el tráfico, John y su esposa caminaban entrelazados hacia su futuro.

La pesadilla había terminado.

FIN



María Victoria Rodoreda nació en Berga, provincia de Barcelona, aunque muy pronto se trasladaría a la capital, donde residió hasta su muerte, que tuvo lugar el 22 de julio de 2010 a los 79 años de edad. Allí conoció a su esposo, Juan Almirall Erliso (1931-1994)

que había comenzado a escribir guiones y novelas y fue quien la animó a presentar sus primeros trabajos en las editoriales, comenzando así una extensa trayectoria como escritora. Más adelante, y dado que la demanda de originales fue creciendo, extendiéndose a todos los géneros, ambos decidieron trabajar de forma conjunta. Como cabía esperar dado su lugar de residencia, María Victoria siempre se movió por las órbitas de las editoriales de la Ciudad Condal, Toray primero y más tarde Bruguera y Producciones Editoriales, heredera esta última de la también barcelonesa Ferma. Una peculiaridad de María Victoria Rodoreda fue su afición a coleccionar seudónimos, hasta el punto de convertirse en la más prolífica, en lo que a éstos se refiere, de todos los autores de ciencia-ficción popular españoles. Catorce en total. Los siguientes en orden de mayor a menor utilización: Marcus Sidéreo, Vic Logan, Rand Mayer, Al Sanders, Boris Marcov, Holm van Roffen, Ian de Marco, Joseph Lane, Mark Donovan, Rock

Marley, Douglas Kirby, John Talbot, Kent Duvall y John Randall. Este último, por cierto, era un seudónimo habitual de su esposo, pero fue ella quien lo utilizó para firmar la novela Cuando todo termine, número 8 de la colección Infinitum. Además de los ya citados bolsilibros de ciencia-ficción, su legado es muy extenso, abarcando la totalidad de los géneros: romántico, bélico, espionaje, policíaco, terror, oeste... sin que ni ella ni su esposo dejaran ninguno por tratar. Asimismo firmó con su propio nombre, M.

V. Rodoreda,

numerosos guiones para cómics de colecciones tales como Hazañas Bélicas, Serenata, Babette, El Dúo Dinámico, Hazañas del Oeste... Por último, adaptó guiones de cuentos clásicos editados principalmente por las editoriales Toray y Bruguera. A raíz del colapso de las colecciones de bolsilibros y de la práctica totalidad de la literatura popular a mediados de los años ochenta, que por lo general supuso un mazazo para todos los que habían hecho de ella su profesión, María Victoria se apartó del mundo editorial, mientras su esposo todavía continuaría vinculado a él durante algún tiempo alternándolo con otras actividades.